



Título del original, en inglés:

ON ÍCARUS 1SLAND

© EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España

Número de Registro: 905-65.

Depósito Legal: M. 6.703-1965.

*Printed in Spain*

 ARTES GRÁFICAS MARISAL. PLAZA ORIENTE, 2 Madrid (13)

FRANCK MCFAIR

EN LA

ISLA DE ÍCARO

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5 España

Obras de FRANK MCFAIR publicadas nuestras colecciones

Colección **SELECCIONES DEL F. B. I.:**

Núm. 274.—Destino implacable.

» 279.—La búsqueda silenciosa.

Colección **PATRULLA DE COMBATE:**

Núm. 43.—Una cruz en las Ardenas.

» 49.—El sargento.

» 118.—Seis años más tarde.

Colección **EXTRA OESTE:**

Núm. 717.—Un tal Texas Smith.

» 754.—Un antiguo pistolero

Colección **OESTE:**

Núm. 155.—¡Muere maldito!

» 160.—El último danita.

Colección **GANGSTERS:**

Núm. 52.—Nocturno de muerte.

» 155.—Detrás de las rejas.

Colección **PANZER DIVISIÓN:**

Núm. 2.—División Panzer.

» 6. —Secreto Absoluto.

Colección **F. B. I.:**

Núm. 726.—En la bola de cristal.

» 739.—Pasaporte americano.

Colección **CORNILARGO:**

Núm. 3.—Un caballero de Virginia.

Colección **RURALES DE TEXAS:**

Núm. 95.—Sólo un Rural.

» 102.—La paga de un Rural.

**En la isla de Ícaro**

FRANCK MCFAIR

**\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_**

1

**Y**A estamos sobre Creta.

Estamos planeando sobre Creta.

¿Cuántas veces he soñado con este momento? En mis años de estudiante, docenas, cientos de veces quizá. Sólo que entonces no pensaba «planear» sobre Creta, sino «ir» a ella.

En cambio, ahora…

Me agarro a la barra y miro las caras de mis compañeros, de todos estos soldados que, pálidos, estremecidos, los rostros tensos, los ojos fijos, esperan…

Ahí está Horsteter, el subteniente Horsteter, masticando algo que no tiene en la boca, sino en el pensamiento. Sus ojos azules cambian una mirada con los míos. Pero no me ve. Ve solo su preocupación constante. «Teme» tener miedo en el último momento. Lo adivino, porque lo conozco algo.

Un poco más allá, entre dos robustos cabos, Lehander, el teniente jefe de sección. Tiene los ojos cerrados y las mejillas azuladas por la barba negruzca.

¿Teme algo Lehander? He sorprendido miradas entre él y Vossler, miradas extrañas. Hay algo entre esos dos hombres, no me cabe la menor duda. Algún recuerdo en común. Durante las maniobras preliminares para esta gran operación he podido darme cuenta de que ya se conocían de antes. Se observan, se vigilan.

Vossler…

Vossler es mi otro jefe de sección. Un sudete tranquilo, silencioso. Él y otros millares como él forman ahora en nuestro ejército. Supongo que se sienten tan alemanes como nosotros. Lo único que me importa es que llegado el momento se comportan como buenos alemanes de sangre, es decir, como excelentes soldados.

Ya estamos sobre Creta. Haciendo un brusco movimiento que casi me suelta de la barra a la que estamos todos unidos, cogidos por los brazos a nuestros vecinos, veo, a través de un tragaluz abierto en el costado del planeador, aparecer las primeras montañas. ¿El monte Ida de mis recuerdos clásicos quizá? Pudiera ser cualquiera de esos picos neblinosos. Estoy sobre la tierra de Minos, la tierra de Pasifae, la de los Dédalos, la cuna de la civilización griega.

Creta, por fin.

Y voy a saltar sobre ella, juntamente con otros miles de alemanes, para conquistarla, para poseerla. Esta tierra que tantos recuerdos me trae a la memoria de mis tiempos de estudiante, se abre para mí. Yo, nuevo invasor del Norte, la hollaré con mis botas de paracaidista.

**Creta…**

Una luz verde se enciende frente a mí. Preparados. Ahora habrá que ponerse en pie, la escotilla se abrirá, y uno tras otro, a la voz de mando, nos hundiremos en el aire helénico. En cuanto esa luz se troque en roja.

Está llegando la hora…

**\* \* \***

VOSSLER

Estamos sobre Creta seguramente ya. Desde mi lugar, casi al final de la fila, no tengo acceso a ninguno de los tragaluces, pero esa luz verde que acaba de encenderse me indica que llegamos al término de nuestro viaje.

Cuando se torne roja, comenzaremos a saltar.

Un recuerdo para mis padres, allá en Checoslovaquia, en Graslitz, en plenos montes sudetes. Cuando vuelvan a tener noticias mías será ya desde Creta, nuestro objetivo.

¿Nuestro?

Yo no quise esta guerra. Yo estaba contento en mi puesto de ingeniero químico en las fábricas de cristal. La guerra me arrebató de mi tranquilo trabajo y me hizo patalear media Europa con mis botas alemanas.

Pero, la haya querido o no, el caso es que ahora estoy metido en ella. Mis padres eran alemanes y siempre procuraron que pensase en alemán.

«Los checos son nuestros enemigos», me han dicho siempre, desde que era pequeño. «Nos dominan, nos obligan a saludar su bandera, pero en el fondo de nuestros corazones somos alemanes, y algún día Alemania nos librará de nuestra opresión».

¿Opresión? No me he sentido oprimido nunca. Me he llevado bien con los ingenieros checos, mis compañeros; me he llevado también bien con los obreros, los técnicos. No me he sentido oprimido nunca por ellos.

Pero Hitler ha dicho: «Sudetes, alemanes, aquí estamos para salvaros de los checoslovacos». Y nos ha salvado, según prometió.

Sea como sea, ahora estoy en este planeador, junto con otros treinta hombres. Un poco a mi derecha, veo al capitán de mi compañía, Tommen, tranquilo, al menos en apariencia, mirando por un tragaluz y presto para lanzarse con su paracaídas.

Y veo también a Lehander. El teniente Lehander. Hace un momento me ha mirado, como tantas otras veces desde que nos vimos en el campo de entrenamiento, en Hungría. Preguntándose seguramente en qué momento voy a alzar la voz para gritarles a todos su secreto, un secreto que lo llevaría a algún campo de concentración.

Algunas noches, al cambiar con él la guardia, he sentido sobre mí la mirada de sus ojos negros, y no me hubiera extrañado oírle preguntarme en un susurro: «¿Por qué no me denuncias ya, Vossler? ¿Hasta cuándo vas a callar?»

Y también he pensado si en algún momento no intentaría… Una bala se pierde tan fácilmente en unas maniobras… Sí, probablemente si yo estuviese en su lugar habría pensado alguna vez en matar al hombre que conocía mi secreto, para que nadie, ¡nadie! lo supiese ya. Pobre Lehander…

Pero he aquí que la luz se ha cambiado de verde en roja. Me pongo en pie, mecánicamente, porque ese fatídico escotillón nos va a lanzar a la pelea, a la vorágine de la lucha.

Un recuerdo para mis padres, allá, en Graslitz. Adiós, por si no os vuelco a ver.

**\* \* \***

HORSTETER

Estamos ya sobre Creta, seguramente. Lo veo en la cara de nuestro capitán de compañía, Tommen. Está mirando por un tragaluz.

**No tengo miedo.**

**No sé qué es miedo.**

**No debo saberlo.**

Soy nacionalista, soy un alemán, soy de la raza de los señores. Me lo han dicho mis padres, me lo han dicho en el gimnasio, me lo han dicho en la Academia de comercio. Me lo han dicho en el Ejército. En todas partes me lo han dicho. Sobre todo, me lo han repetido en las Juventudes Hitlerianas.

Y yo lo creo. Y no tengo miedo.

Cuando llegue la hora, saltaré, como todos ellos, como Vossler, como Tommen, como Lehander.

No tengo miedo, porque soy alemán, y nacionalista, y voy a combatir por mi patria, por mis hermanos alemanes, contra toda esa gentuza que ha intentado ahogar a mi país, que nos ha llevado a la lucha, aunque no la queríamos, como tantas veces ha dicho nuestro amado «Führer». Pues bien, si nos obligan, nosotros, el pueblo más valiente de la tierra, combatiremos y los aplastaremos. Hemos vencido a Francia, a Holanda, a Bélgica, a Luxemburgo, a Dinamarca, Noruega… Hemos aplastado a media Europa que quería oponerse a nosotros.

Oponerse a nosotros, alemanes, pueblo de señores… ¡imbéciles! Cretinos degenerados. Venceremos a Inglaterra, a Rusia, a la India, a América si se pone en nuestro camino e intenta cerrarnos el paso.

¡Los machacaremos a todos!

Y no tengo miedo. No, de ninguna manera. Los demás puede que alberguen algún temor, pero yo, Horsteter, hijo del Consejero de Comercio Horsteter, no puedo tener miedo. Pertenezco a las Juventudes, pertenezco al Partido.

Esta extraña sensación que siento en la boca del estómago es simple excitación, constreñida excitación al aproximarse el combate. No es culpa mía si hasta ahora no he tenido que pelear. No ha habido ocasión para ello, eso es todo. La preparación en el campo de adiestramiento, en Hungría, el conseguir los galones de subteniente… Pero ahora, verán esos griegos, esos seres degenerados, indignos descendientes de aquellos otros que dominaron el Mediterráneo.

Si osan resistirnos… ¡los aplastaremos!

Y no es miedo, no puede serlo, la flaccidez que siento en mis piernas. Se trata, sin duda, de la forzada postura. En cuanto logre estirar los miembros, cuando toque tierra con los pies, cuando vea ante mí esas caras color tabaco, esos, cuerpos desmirriados de esclavos, caeré sobre ellos como un águila del Norte, empuñando la pistola, y los aplastaré como a chinches.

Que no traten de oponerse a nosotros, porque…

Se enciende la luz verde. Tommen, nuestro capitán, se está incorporando. Cuando la luz se troque en roja, será el momento…

Y yo, el más valiente da todos, saltaré…

**\* \* \***

LEHANDER

Estamos sobre Creta ya. Pero no es eso lo que ocupa mis pensamientos en este momento.

**¿Por qué no habla?**

¿Por qué no ha hablado hasta ahora?

Esa es la pregunta que me hago una y otra vez.

¿Por qué Vossler, ese maldito sudete, no ha hablado?

En el momento en que nos vimos en el campo de adiestramiento, comprendí que me había reconocido. De ninguna otra manera podía interpretarse la mirada que me dirigió.

Era una mirada aguda, la de aquel que sabe…

Tuve deseos de decirle: «Sí, soy yo, el Lehander que conociste en la escuela, el mismo Lehander que un día te llevó a su casa para estudiar juntos. El mismo Lehander. ¡El mismo!

¿Por qué callará? Algo trama, no me cabe la menor duda. Pero… ¿qué?

¿Para cuándo piensa dejar el momento de avanzar hasta nuestro capitán Tommen y decirle: «¿Ve usted a Lehander, señor capitán? ¡Pues ahí donde le ve, es un judío! Sí, no ponga esa cara de asombro. Es un, judío. Lo garantizo. En varias ocasiones, hace ya diez años, estuve en su casa, en Heidelberg. Había en ella el retrato de su abuela, y esa abuela se llamaba Goldsmith. Una judía. Una cochina judía, como las llaman ahora» ¿Para cuándo dejará el decirle eso?

Y por culpa de una abuela judía, una sola parte de las cuatro que componen mi sangre, yo miro ahora a los ojos de Vossler y leo en ellos mi sentencia de muerte.

A veces pienso que mis padres hicieron mal en tapar esa parte de mi sangre. Antes de morir, en el año treinta y cinco, en Hamburgo, mi madre me dijo: «Hijo, no debes tener cuidado. Nadie lo sabe. Nadie sabe ahora que mi madre era una Goldsmith. Para todos los efectos eres un ario. Nos ha costado mucho dinero, pero tú podrás continuar viviendo en Alemania, trabajando en ella; sin tener sobre ti ese estigma. Hemos borrado las huellas cuidadosamente, a costa de dinero. Mucho dinero, pero todo nos ha parecido poco para que puedas vivir tranquilo de ahora en adelante».

Sí, muy cuidadosamente, pero Vossler sabe. Vossler se acuerda. Y en cualquier momento, se dirigirá a Tommen y le dirá…

Y entonces me arrancarán las charreteras de un tirón, y luego me cruzarán la cara, y después…

Después, el campo de concentración, como tantos otros miles de judíos.

Porque, lo quiera o no, ante los ojos del nacionalsocialista Horsteter, ese que a veces pone en mi hombro su mano húmeda de sudor y me echa a la cara su aliento de cerveza, por el hecho de tener una abuela medio judía, yo soy un cochino judío por los cuatro costados.

¿Por qué no habla Vossler? ¿A qué espera?

No lo niego. En aquella época tuve simpatía por el estudiante Vossler. Juntos cursábamos el mismo año de ingeniero químico en Heidelberg, y él también parecía tener simpatías hacia mí. Bebíamos en las mismas cervecerías, pertenecíamos a la misma corporación estudiantil, nos emborrachábamos juntos y él me hablaba de su familia, en Checoslovaquia.

Sí, hasta aquel día en que, en mi casa, descubrió que una abuela mía se llamaba Goldsmith. Fue el tío Gervasius, aquel charlatán impertinente que se marchó de Alemania diciendo que lo mejor que podíamos hacer todos era imitarle, antes de que Hitler nos cortase el cuello, quien lo soltó.

Aquel día vi los ojos de Vossler, de mi compañero, fijos en mí. Seguramente escribió al instante a sus padres…

O quizá no. Quizá se calló. El haber tenido amistad con un judío no era algo de lo que un alemán pudiera enorgullecerse entonces, y mucho menos después, cuando las persecuciones se encarnizaron.

Estamos llegando a Creta. Quizá ya volamos sobre ella.

Veo a Horsteter, el nazi, con la cara crispada. Ese hombre tiene miedo, como lo tengo yo. No me cabe duda. No hay más que mirarlo. Sin duda tiene miedo de no quedar en buen lugar. Eso hará que en el momento en que comience la batalla, pelee más desesperadamente que nosotros. Tiene más miedo a lo que puedan pensar los demás que a los griegos o a los ingleses.

Mi miedo, en cambio, es…

¡¡Vossler!!

¿Por qué ha esperado tanto? ¿Por qué me tiene en esta tensión que acabará por obligarme a hacer alguna bestialidad?

Algunas veces, en los cambios de guardia, en el campo de adiestramiento, he pensado lo fácil que sería hundirle el sable en la garganta.

He llegado hasta pensar en matar al hombre que en otro tiempo fue mi amigo. Lo reconozco con espanto y con vergüenza, pero así es. Un fusil se dispara a veces en las maniobras, una granada de mano estalla cerca del compañero…

Pero ¿por qué no habla? ¿Por qué no lo dice? Esta espera tensa es más de lo que un hombre puede soportar. Llegará un momento en que el muelle salte y entonces… ¿quién sabe? Alguien, él o yo, moriremos. Todo antes de que algún día pueda denunciarme y hacer que me envíen a uno de esos campos de concentración de los que se habla en voz baja en toda Alemania.

Pobre madre mía. «Hemos borrado las huellas a fuerza de dinero…» No, esas huellas no se borran con nada. Cuando mi abuelo se casó con una mujer que era medio judía nos condenó a todos a ser judíos de por vida, a ser perseguidos, expoliados, arrastrados por las calles con la estrella de David pegada a la manga.

Debí marcharme de Alemania cuando aún era tiempo, como mi tío Gervasius.

Pero… ¡Dios! Alemania era mi país, en él estaba mi trabajo. Ya era químico-ayudante en un laboratorio importante, hacía algo, me sentía alemán y sufría las desdichas de este pueblo en mi propia carne. ¿Por qué me tienen que poner en cualquier, momento en el brazo una estrella amarilla que nada significa para mí y llamarme judío, a mí, que no lo soy, que no me siento judío?

¿Por qué?

Vossler me está mirando.

Se pregunta, sin duda, hasta cuándo podré resistir.

Y si saltaré en mi paracaídas o me tendrán que empujar.

Y sí, una vez en tierra griega, combatiré como el alemán que digo ser, como el oficial alemán cuyas charreteras galonadas llevo en mis hombros.

Pues bien… Una vez que saltemos, no sé qué haré.

No sé si la primera bala que salga de mí pistola buscará el corazón de Vossler o el de un soldado griego o británico.

No lo sé.

Sólo sé que cualquier cosa me parecerá preferible a esta tensión angustiosa.

Incluso…

Incluso tal vez el quitarme la guerrera verdosa camuflada con pintura amarillenta y presentarme ante el primer destacamento griego y decir…

Decirle: «Me entrego, no quiero seguir llevando este uniforme. Soy un judío…»

Decir eso yo, ¡yo! que hace un momento pensaba en que soy alemán y que nada ni nadie me hará decir lo contrario.

Pero… ¿por qué no habla ese maldito Vossler? ¿Por qué no dice algo?

Algo, que diga algo, lo que sea; pero ¡que diga algo!

La luz roja se ha encendido. Es la hora. Sea como sea, suene lo que suene, la suerte está echada. Hay que saltar.

2

**A**RRASTRADOS por los aviones de transporte, los planeadores volaban perezosamente, como pájaros gigantescos. Los pilotos miraban los relojes de sus salpicaderos, atentos a las señales de la radio que les indicarían el momento en que debían dar la señal.

Al encenderse la luz roja, todos ellos deberían transmitirle a los planeadores. La mayor parte de éstos, una vez soltada su carga humana erizada de armas, deberían continuar amarrados a los aviones, dar con ellos la vuelta y volver de nuevo a los aeródromos griegos.

Pero algunos de ellos serían soltados y planearían por sobre Creta hasta encontrar el punto más aproximado posible a su destino. Allí, descender, aterrizar, si es que podían hacerlo. De lo contrario, harían saltar a los soldados.

El planeador en que viajaba la mitad de la compañía del capitán Tommen, era uno de estos últimos.

En el momento de dar la señal, el planeador se desprendió de su cadena de arrastre, y a partir de ese momento quedó librado a sus propios medios.

Una ligera corriente, de aire lo arrastró hacia el interior. El piloto hizo dar una ligera vuelta a los mandos, para evitar internarse demasiado. Los objetivos habían sido estudiados previamente con todo lujo de precauciones y detalles.

Era la mañana del 20 de mayo.

Los paracaidistas tenían que saltar antes de que el aparato tocase tierra. Las probabilidades de descender con toda la carga habían sido dejadas a cargo de los respectivos pilotos.

En una tierra montañosa como la isla, éstas eran pocas, naturalmente. Serían aprovechadas, pero solo en condiciones óptimas.

El piloto comprobó que el objetivo asignado, la zona en que una de las pocas carreteras secundarias en el sur de Canea se separa de la ruta principal, que corre al norte de la isla, podía servir para la misión, y decidió arriesgarse.

Por ello cuando la luz roja se encendió y los paracaidistas se colocaron en fila, aquella titiló, vaciló durante un momento y luego volvió a su primitivo color.

—¡Sentaos y cogeos los brazos! —ordenó Tommen—. ¡Aterrizamos!

Los paracaidistas obedecieron instantáneamente. Adiestrados exhaustivamente, se sentaron en sus bancos y se cogieron por los brazos, apoyando los pies en el asiento frontero. Un bosque de piernas cruzaba el planeador.

Tommen oyó que uno de los soldados comenzaba a rezar. «Padre nuestro, que estás en los cielos…»

El aparato tocó ligeramente tierra. Fue un choque suave, y al momento las ruedas perdieron de nuevo el contacto. Otro choque, y súbitamente todo el planeador pareció desencuadernarse.

Sus codos firmemente apretados contra los de los soldados que lo flanqueaban, Tommen resistió el choque. Alguien gritó. Un soldado se puso en pie y cayó de cabeza hacia delante, entre las piernas de sus compañeros.

Y luego el planeador quedó quieto.

Tommen se puso en pie, aplastando el de un vecino, y se dirigió hacia el escotillón: éste se había abierto, arrancados los goznes por la fuerza del choque.

Salió. El sol de mayo le dio en la cara.

Se hizo a un lado para permitir el paso a los demás.

Tres soldados saltaron tras de él, prestos los fusiles, tranquilos ahora que lo peor había pasado. Lo peor para ellos no era tener enemigos enfrente, sino no saber si iban a sobrevivir a un aterrizaje en aquellas condiciones.

Otros cinco, siete, diez, veinte salían ya. Al instante, formaron un cuadro en torno al capitán, que, con la pistola en la mano, observaba a su alrededor.

Un paisaje de olivos, la estrecha cinta de un camino a su derecha, montañas por todas partes…

Se abrió paso entre los soldados y se dirigió a la cabina del piloto. Este, pálido, con un brazo colgando, la cabeza vuelta, lo miraba.

—¿Está herido?

—El brazo, mi capitán…

—¡Sáquenlo! ¡Lehander, la carretera! ¡Vossler, intente establecer contacto con los demás planeadores!

Vossler miró hacia arriba. Como un pájaro desalado, un planeador brincaba sobre un campo, a menos de setenta metros. Se estrelló contra el tronco retorcido de un olivo y su morro se desplazó horizontalmente, como si una mano gigante lo hubiese arrancado.

Vossler corrió, seguido por cinco soldados, y en un momento estuvo junto a él. El planeador estaba hincado en el suelo arcilloso y un grupo de soldados, vestidos con los uniformes de camuflaje y las chichoneras redondas, brotaba de su hendido vientre.

—¡Agrúpense! —chilló Vossler—. ¡Vean si hay muertos o heridos!

Un subteniente, muy joven, empujaba a los soldados para que salieran más aprisa.

Cuando lo hizo el último, se volvió hacia Vossler.

—¡Dos muertos!

—¡Déjenlos ahí! ¡Vamos, Gottlieb, adelante! ¡Reunión en la compañía!

El subteniente Gottlieb corrió tras él. Llevaba una pistola ametralladora en la mano.

—¿Dónde están los ingleses? —preguntó jadeando.

—¿Me lo pregunta a mí?

Habían transcurrido exactamente cinco minutos desde que los planeadores tomaron tierra, cuando ya la compañía entera, excepto cinco hombres muertos o heridos, estaba formada. Había allí, además, elementos de la tercera compañía.

Tommen no necesitó mirar su mapa. Lo tenía grabado indeleblemente en el cerebro.

—¡Vossler, Lehander!

Se unieron a él. Dos cabezas morenas y una rubia se unieron, tocándose casi.

—Esta es la carretera de Lakki. Hay que cortarla más al Norte. Calculo que a unos cinco kilómetros de distancia. Si las cosas no han fallado, el resto del batallón debe haber caído entre Canea y nosotros. Habrá, pues, unidades nuestras en el cruce ya. Eso espero, al menos. Si no las hay, debemos volar el puente. Si las hay, defenderlo.

—¿Dónde están los ingleses? —preguntó Lehander.

Tommen no levantó la cabeza mientras le contestaba.

—¿Tiene muchas ganas de encontrarlos? Pues vaya a buscarlos al aeródromo de Maleme.

Dio un golpe en el hombro del teniente.

—Vamos, Lehander, usted con su sección, primero. ¿Cuántos hombres le quedan?

—Venían quince en este planeador.

—No hay tiempo de saber si los demás han descendido o no.

—¡Allí vienen! —dijo Vossler.

Los aviones de transporte, la segunda oleada de «Junkers» y «Messerschmits» llegaban desde el mar. Hasta los paracaidistas llegaron claramente, como temblores perceptibles, las explosiones de los cañones de Marina.

—Vamos, Lehander, abra el camino.

Lehander partió, corriendo, para reunir a sus hombres. Tommen se volvió a Vossler, su segundo jefe de sección.

—Cubra la retirada. En el momento en que tomemos contacto con el enemigo, su misión será la de protegernos para que nosotros podamos establecer unión.

—Sí, señor capitán.

Otros dos planeadores habían tomado tierra entre los olivos. Uno de ellos había chocado contra una tapia de piedra y se había deshecho. Sus ocupantes, magullados, pero a salvo todos menos dos, se unieron a la columna que avanzaba a paso gimnástico.

Tommen pensó por un momento que habían caído en un lugar absolutamente libre de tropas griegas o inglesas. Aquello le parecía el colmo de la buena suerte, pero no duró mucho. En el segundo planeador que encontraron estaba el jefe del batallón, el teniente coronel Van Oost. Se cuadró ante él.

—Seguimos las indicaciones preliminares —dijo Tommen.

Van Oost llevaba los gemelos de campaña colgados del cuello. Se los llevó a los ojos.

—Ellos también —murmuró.

Alargó los prismáticos a Tommen.

—Vea. Entre aquellas vides.

Tommen enfocó. Una delgada línea oscura se movía entre las retorcidas cepas de las vides. En ese momento llegaba al campo abierto en que había caído el planeador.

—Ingleses —dijo.

Distinguía los cascos planos, que brillaban al sol de la mañana, y también distinguía otra cosa.

—Tanques ligeros, señor teniente coronel.

—Sí. Despliegue la retaguardia. Los demás, que sigan avanzando. Tome el mando de las fuerzas de protección de avance.

Tommen corrió en sentido inverso al que había llevado hasta ahora. Al pasar junto a Horsteter, le hizo señas de que le siguiera con sus hombres. El alférez obedeció. Tommen tuvo tiempo aún de ver que llevaba los labios apretados y los ojos extrañamente fijos. «Demasiado tenso», pensó.

Los tanques eran en realidad dos camiones pequeños provistos de orugas. Tommen había oído decir, en la última conferencia de jefes de batallón, que los ingleses tenían pocos tanques en la isla. En realidad, habían abandonado Grecia el día 30 de abril llevándose pocas de sus armas pesadas. Habían abandonado cañones y tanques y gran cantidad. No se sabía si los habían transportado después por mar, pero no era probable debido a las circunstancias que concurrían en los campos de batalla del norte de África.

Pero si los camiones oruga eran poco peligrosos, los soldados ingleses no.

Había una delgada línea de naranjos y limoneros entre ellos y los ingleses que avanzaban rápidamente. Tommen mandó a Vossler y a Horsteter que colocasen a sus hombres protegiéndose en lo posible con los troncos de los árboles y que esperasen, sin disparar hasta que estuviesen seguros de la eficacia de su fuego.

Tenía que haber una aldea griega a dos kilómetros al Sur. Sin duda, los ingleses habían salido de ella.

Tommen calculó rápidamente. Si las fuerzas que tenía enfrente eran las únicas que se oponían a ellos, la aldea quedaría desguarnecida en ese momento. Un simple ataque frontal…

—¡Fuego a discreción!

Junto a él, dos de los hombres de Vossler habían instalado un mortero. La primera granada procedente de él cayó entre los ingleses, levantando una fontana de tierra gredosa.

Hubiera necesitado unos gemelos. Entornó los ojos. Tenía el sol a la izquierda, pero le deslumbraba. Escuchó la voz de Vossler.

—¡Fuego!

El mortero volvía a disparar. A menos de cincuenta metros, Tommen vio el cuerpo de un soldado inglés que avanzaba inclinado. Demasiado lejos para enviarle una bala de pistola con probabilidades de alcanzarlo.

Apretó la Luger. Un poco más y podría apretar el gatillo.

Ahora.

Disparó y vio que el inglés caía o se tiraba al suelo. No podía saberlo con certeza. Vio también cómo uno de los dos pequeños carros oruga volaba, convertido en una masa retorcida de hierros, bajo el impacto directo de un mortero.

—¡Adelante!

El grupo alemán se puso en marcha. Los ingleses parecían vacilar, su línea se quebraba, se deshacía en fragmentos.

Y súbitamente, mientras agachaba la cabeza para rehuir el brillo del sol, vio ante sí aparecer el segundo camión oruga. Tan cerca, que pese a sus reducidas dimensiones le pareció enormemente grande.

—¡Quiten eso de ahí! —ordenó, haciéndose a un lado.

Un grupo de paracaidistas alemanes, armados con granadas de mano, corrió a cumplir la orden. Tommen vio que uno de ellos era el subteniente Horsteter. Inconscientemente pensó que eso le convenía al muchacho. Acción, para disipar la tensión en que se hallaba.

El camión oruga disparaba endemoniadamente con su ametralladora, regando de balas el espacio ante sí. Tommen tuvo el tiempo preciso para arrojarse al suelo, y las balas se hundieron en la tierra, junto a él.

Pero ya el pelotón de Horsteter había logrado clavarle los dientes. Cinco, diez granadas, mordieron en los flancos metálicos. Una de las orugas dejó de moverse y el camión comenzó a girar con la que le quedaba.

La ametralladora del vehículo aún funcionaba, pero un paracaidista alemán logró subirse en la parte trasera. Con un rápido movimiento, lanzó una granada por la abertura y se tiró a tierra de nuevo.

El camión quedó definitivamente parado.

Tommen se aproximó, pero antes que él llegó Horsteter. Un pañuelo blanco apareció en la torreta, agitándose débilmente.

Luego, le siguió la cabeza de un hombre, un hombre descubierto, con los ojos muy abiertos. Llevaba en una mano el pañuelo blanco.

Tommen vio cómo Horsteter levantaba la pistola, apuntaba con cuidado y luego disparaba. El inglés, que había logrado asomar medio cuerpo, cayó hacia adelante. La bala de la Luger le había destrozado la cabeza.

Los ingleses llegaban ya. Entre los troncos de los naranjos, sobre las cepas, sobre la tierra arcillosa, la lucha se generalizó. Crepitaban las pistolas ametralladoras, bramaban los Mausers, retumbaban los morteros, volaban las granadas de mano.

Tommen, casi en primera línea, empleaba su Luger con decisión y eficacia. Vio ante sí a dos «tommies» achaparrados que intentaban colocar una ametralladora en posición y disparó sobre ellos, matando a uno. El otro miró al compañero caído, luego a Tommen, e intentó retroceder. El capitán logró alcanzarlo de un tiro.

Pero en otras partes, la lucha no se presentaba con tan buen aspecto. Los ingleses habían logrado aislar el principal núcleo de paracaidistas y peleaban con decisión y salvajismo.

Tommen comprendió que en la lucha cuerpo a cuerpo, en grupos aislados, ellos llevarían la peor parte. Conocía a sus hombres y sabía que eran buenos, pero que para luchar en buenas condiciones necesitaban hacerlo en grupos de asalto y bajo la dirección personal de sus jefes. Los ingleses parecían poder pelear mejor en solitario.

—¡Horsteter! —gritó.

El subteniente se reunió con él. Llegaba corriendo, con los ojos desorbitados y la cara muy roja.

—¡Reúna a sus hombres! ¡Hay que llegar a la carretera! ¡Debe haber allí tropas nuestras!

Horsteter llamó a gritos. Los paracaidistas alemanes, con sus mochilas a la espalda, fueron reuniéndose. En aquel lugar parecía haber cedido ligeramente la presión inglesa, pero hacia el núcleo principal del teniente coronel aumentaba.

Cerca de treinta paracaidistas se reunieron en torno a Horsteter y Tommen. Este levantó el brazo armado con la pistola.

—¡Allí! ¡Hay que tratar de liberar a ese grupo!

Mientras la lucha se mantuviese a una distancia de varios metros, las posibilidades eran mejores para los alemanes, armados todos ellos con pistolas ametralladoras, pero en el cuerpo a cuerpo, los ingleses, armados con fusiles y bayonetas, llevaban la mejor parte. Además, aquellas parecían tropas escogidas, no bisoños. No había más que verlos manejar sus cuchillos de combate. Un golpe al cuerpo, una patada a las costillas o al vientre para sacar la afilada hoja, y listos para otro enemigo.

El grupo de Tommen y Horsteter atacó en tromba, disparando como demonios. Los paracaidistas de Van Oost, refugiados entre un grupo de naranjos, se defendían con valentía, pero en este momento estaban ya casi rodeados. La llegada de Tommen los salvó.

Veinte minutos después habían logrado arrojar a los ingleses hacia atrás, de nuevo, hacia la primera colina, tras de la cual debía estar la carretera.

Van Oost se volvió a Tommen.

—Llegó a tiempo, capitán. Reúna sus fuerzas. Hemos de ir hacia la carretera.

—Parte de mi compañía debería haber llegado a ella —respondió el capitán.

—¿No funciona su radio?

—No, señor teniente coronel.

—Ni ninguna, me parece.

El uniforme del teniente coronel estaba roto y manchado de tierra y sangre.

Se llevó los gemelos a los ojos.

—Parece que los ingleses están reagrupándose en la colina.

Volvió hacia Tommen sus claros ojos.

—Deberíamos estar recibiendo ya refuerzos. Sólo tres planeadores han caído en este sector. Si eso no es una equivocación, se le parece mucho, Tommen.

El capitán no contestó. En ese momento vio que varios de sus hombres traían entre ellos a otros dos. Estos últimos llevaban uniformes caqui, pantalones bombachos y polainas de lona. Ingleses.

Y vio también cómo Horsteter se acercaba a ellos con la Luger en la mano.

—Horsteter —llamó.

El subteniente se volvió hacia él.

—Horsteter, no se le ocurra matar a esos hombres.

Tommen se acercó más.

—No iba a matarlos, señor capitán —respondió el otro.

Van Oost se volvió hacia ellos.

—¿Por qué le ha hecho esa advertencia, Tommen? —preguntó.

3

**T**OMMEN miró a Horsteter fijamente. Luego se volvió hacia el teniente coronel.

—Tuve la impresión de que iba a hacerlo —respondió.

—No es así—insistió Horsteter.

Tommen alzó la mano, cortando la discusión.

Luego se volvió a los prisioneros.

—¿Qué unidad? —preguntó en inglés.

Uno de los dos prisioneros se encogió de hombros. Eran altos y morenos. El otro respondió. Sobre su brazo se veían los dos galones de cabo.

—Sexto de Caballería neozelandesa.

—¿Dónde está su unidad en este momento?

—Pregúnteselo a quién pueda responderle, hombre. Yo estoy aquí. Los compañeros, Dios lo sabe.

—¡Hable con más respeto! —gritó Horsteter.

—¿Estaba su unidad en Lakki? —insistió Tommen.

—Pues… por ahí. Estos condenados nombres de los griegos…

—Déjelos —ordenó Van Oost—. No podemos perder el tiempo con estas cosas.

—Llévenlos atrás y que los vigilen los soldados heridos.

Se llevaron a los neozelandeses.

—Tommen, no podemos perder más tiempo. Detrás de esas colinas está la carretera y se debe luchar en ella. Hay que cortar el puente para impedir que lleguen los refuerzos ingleses.

Se ajustó el cinturón con la pistolera, cogió la ametralladora portátil y emprendió la marcha.

A las once tomaron otra vez contacto con los ingleses que defendían los contrafuertes de la montaña. El combate fue muy violento, y los efectivos alemanes quedaron muy mermados después de él, pero a la una menos cuarto divisaron la carretera, mientras aún luchaban, ganando terreno palmo a palmo.

Súbitamente, detrás de las líneas de los neozelandeses, estalló un fuego muy vivo. Tommen, con la guerrera desabrochada, porque el calor apretaba de firme en el mediodía de mayo, escuchó un momento.

—Nuestros —dijo.

Van Oost, que en ese momento llegaba con su agente de enlace, enfocó los prismáticos.

—Allí —dijo.

Un grupo de paracaidistas acababa de aparecer a su derecha.

—Debe ser el teniente Vossler.

Los ingleses que resistían en pozos de tirador, cogidos entre dos fuegos, se retiraron, llevándose a sus heridos. Detrás de sí dejaron casi veinte cadáveres y una ametralladora que funcionaba para proteger su retirada.

—Acaben con ese endemoniado… —comenzó Van Oost.

No acabó. Tommen se volvió hacia él y le vio vacilar, llevándose la mano al pecho.

—Señor teniente coronel…

—Tommen… coja el… mando… Yo estoy… listo.

Se dejó caer al suelo. Sentado. Luego, hizo un gesto y cayó hacia atrás.

Tommen le tocó el pecho. Estaba muerto.

El capitán vaciló un momento, solo un instante.

—Adelante —ordenó—. ¡Acaben con la ametralladora!

Dos paracaidistas estaban ya lanzando bombas de mano sobre el pozo de tirador, pero la máquina no callaba. Otros dos asaltantes cayeron antes de que consiguieran apagar su infernal carraqueo.

Tommen pasó junto a ella cuando avanzaban hacia la ladera desde la que alcanzaría la carretera. Los dos servidores estaban muertos, carbonizados casi, pero aún seguían agarrados uno a la cinta y otro a la empuñadura. Inconscientemente, Tommen saludó, tocándose el casco.

La carretera, de tierra y en muy malas condiciones, brillaba al cálido sol mediterráneo. A lo lejos vio las casas terrosas de un pueblo. Tommen miró su mapa. Sólo podía ser Alikianou, que a estas horas, si los planes del Mando de la División no habían fallado, debería ya estar en poder de los alemanes.

La misión del grupo de Tommen era destruir el puente sobre un riachuelo pequeño que corría entre Alikianou y Canea, pero debido al desembarco defectuoso, no había podido llevarse a cabo. El puente estaba allí, a su derecha, intacto.

Sobre Alikianou había una nube de polvo o de humo, era difícil distinguirlo bien. Pero el caso es que el puente, su objetivo, aún estaba allí.

—¡Al puente! —ordenó.

Vossler se le reunió en ese momento. Llegaba sudoroso, con el rostro ennegrecido por la pólvora, el uniforme roto.

Saludó, llevándose la mano al casco.

—La oposición ha sido muy fuerte, capitán —dijo—. No hemos podido establecer contacto con otros grupos.

—¿Y Lehander?

—No lo sé. Lo he perdido de vista hace más de media hora. Atacaba a los ingleses allí.

Con el índice apuntaba a una cañada profunda, entre la colina que acababan de conquistar y la próxima.

—Al puente —ordenó Tommen.

Miró hacia atrás. Apenas treinta paracaidistas lo seguían. Todos los demás habían caído.

—Tendremos suficiente con estos —dijo Vossler. Más que afirmar, parecía preguntar.

—Habrán de ser suficientes.

Los ingleses parecían haber desaparecido. En ese momento vieron que por el Norte se aproximaba una formación de aviones. Tommen lanzó un suspiro de alivio que Vossler oyó perfectamente.

—Los refuerzos —dijo Tommen—. Ya era hora.

Pero los aviones pasaron velozmente sobre ellos, sin que de sus vientres se desprendiesen los ansiados paracaídas blancos. Con los motores rugiendo ensordecedoramente, se dirigían hacia el interior de la isla.

—No hay refuerzos —dijo Vossler—. ¿Vamos?

Los treinta paracaidistas se precipitaron colina abajo. Llegaron a la carretera en un momento y se dirigieron hacia el puente. Entonces parecieron desencadenarse sobre ellos las Furias.

Desde las orillas del riachuelo, que corría casi seco debido a la falta de lluvias, docenas de diminutas volutas de humo aparecieron. El silbido de las balas se insinuó entre las filas de los atacantes.

—Vossler, usted con diez hombres, protéjanos —ordenó Tommen—. Voy a atacar de frente.

Vossler partió a la carrera, dirigiéndose a las orillas del arroyo. Las balas levantaban nubecillas de polvo a los pies de sus paracaidistas.

Tommen prosiguió corriendo por la orilla de la carretera, apenas una pista para carros. Las huellas de estos eran visibles aún en el polvo.

El puente estaba muy cerca. Era de piedra y estaba colocado justo a la salida de una curva. Una granja, semioculta entre los árboles, se ofreció a su derecha.

Desde ella también les hacían fuego, un fuego graneado, poco efectivo, pero molesto. Además, esos disparos podían impedirles sostenerse en el puente en caso de que lograsen ocuparlo.

—Horsteter, destruya eso con uno de los morteros.

El subteniente partió a la carrera, seguido de cinco hombres.

En el puente no había enemigos. Pudo Tommen llegar hasta él sin que le matasen a ninguno de sus hombres, pero desde la balaustrada baja de piedra pudo ver que Vossler estaba empeñado con los ocupantes de la orilla del arroyo, cuyas aguas fangosas, apenas un regato, serpenteaban entre juncos y rastrojos.

Entonces pudo ver que los que defendían el puente no eran ingleses. Desde donde estaba distinguió unos cascos grandes y unos uniformes pardos. «Griegos», pensó vagamente. Lo mismo daba una cosa que otra, aunque sabía el valor de los mal armados soldaditos del rey Pablo. Los italianos habían sufrido bien sus embestidas en Albania y él mismo los había combatido en Salónica. Sabía de lo que eran capaces.

Comprendió que con sus escasos efectivos, Vossler no podría reducir a todos aquellos griegos. Y en cuanto a él, no disponía del material de demolición necesario para destruir el puente.

Por otra parte, la cosa había cambiado. Comprendió que tenía que decidir, en una cuestión en que hubiera sido necesario un oficial de Estado Mayor. Pero la guerra coloca muchas veces a los hombres en situaciones que exigen de ellos decisiones extraordinarias.

Decidió conservar el puente. Al fin y al cabo, sí las tropas alemanas habían de avanzar hacia el interior de la isla, necesitarían la carretera. Y si bien los pontoneros alemanes eran muy capaces de volver a levantar el puente en media hora, menos tardarían si lo encontraban intacto.

Alzando el brazo para que sus hombres lo siguieran, lo cruzó a toda prisa para alcanzar la otra orilla. Los griegos lo recibieron con fuego graneado, pero solo uno de sus soldados cayó. Los demás alcanzaron la ribera opuesta y se trabaron con los defensores.

Un puñado de soldados griegos se alzó entre los juncos, los fusiles calzados con las largas bayonetas, y, lanzando gritos salvajes, los atacaron.

Tommen alzó su pistola ametralladora y barrió la primera oleada de uniformes pardos. Junto a él, sus hombres regaban de balas el ribazo. Fue una lucha sin cuartel, a muerte, porque los griegos devolvían golpe por golpe, pero estaban peor armados y la suerte se decidió de nuevo por el más fuerte.

Solamente lograron hacer un prisionero, un sargento de menuda estatura, pero de corazón de gigante. Cuando se le acabaron las balas, enfurecido, soltó el fusil y agarró una gruesa piedra, con la que logró abatir a un soldado alemán.

Lo sujetaron entre dos, pero aún le quedó tiempo de escupir a Tommen, antes de que lo lanzasen al suelo dos robustos paracaidistas.

—No lo maten —ordenó Tommen.

Lo miró un momento. Los hombres de Vossler vadeaban ya el arroyo. Tommen miró al griego y este le devolvió la mirada.

—Eres un valiente —dijo Tommen, tratando de recordar las palabras exactas en el griego antiguo que había aprendido en la universidad. El sargento no lo comprendió, pero entendió el tono tranquilo de su voz. Pareció calmarse y súbitamente agachó la cabeza y se echó a llorar.

—Llévenlo hacia… —iba a decir hacia atrás, pero recordó que en aquella guerra no había retaguardia ni vanguardia. Se encogió de hombros—. Procuren que no haga daño.

El puente era ya alemán. Cuando lo ganó de nuevo, vio que Horsteter había cumplido su parte. La granja, la casa de campo o lo que fuera, ardía por los cuatro costados.

Súbitamente se encontró cansado y asqueado de la guerra. Se apoyó en el parapeto del puente y cerró los ojos. Vossler le tocó en el hombro.

—¿Herido, capitán? —preguntó.

Tommen movió la cabeza y abrió los ojos.

—No, Vossler. Es otra cosa.

Sacó un paquete de arrugados cigarrillos «Juno» y ofreció uno a su teniente.

Miró a su alrededor. A lo lejos, tronaban los cañones de la marina y se oía el retemblar de las bombas de aviación. Pero, de momento, todo parecía tranquilo en aquel puente.

—No es eso, Vossler. Verá, durante muchos años yo soñé en venir a este lugar.

—¿A Creta?

—Sí. Soy doctor en Historia, aunque no lo parezca ahora.

Aspiró fuertemente el humo de su cigarrillo.

—Aquí, a Creta, sí. Pero no de esta manera. No matando a la gente, sino haciéndoles preguntas, mirándolos vivir. Y, ves, lo que hago ahora: asesinarles.

Tiró el cigarrillo. Horsteter se aproximaba, andando lentamente por el ribazo del arroyo.

—Objetivo cumplido, señor capitán —dijo, mientras taconeaba fuertemente.

—Muy bien, alférez.

—Había diez hombres en la granja. Todos han muerto.

Tommen miró las llamas que se elevaban en el tranquilo aire del mediodía. Hasta él llegaba el chisporroteo del fuego.

—Sí, desde luego, deben haber muerto.

Vossler alzó la cabeza.

—Me parece que…

Los demás lo habían oído ya, también.

—¿Tanques?

—Parecen tanques, sí.

Tommen alzó la mano. El rugido de los motores llegaba desde el Norte. Podían ser alemanes, desembarcados ya a esta hora, o ingleses que se retiraban desde Canea.

—Despliéguense. Si son enemigos, y en fuerzas muy superiores, no presenten combate. Ocúltense. Vossler, ocupe la carretera a veinticinco metros de aquí. Horsteter, esté preparado con los morteros.

Vossler salió corriendo, mientras que Horsteter hacía instalar el mortero, el único que les quedaba, en el ribazo, oculto entre los jucos. Un momento después, el puente parecía vacío.

Vossler ocupó la carretera en ambas orillas. Sus paracaidistas, atentos, las mandíbulas apretadas, los ojos sobresaltados, esperaron.

Y sobre ellos, el mismo sol que alumbró a una de las tres más antiguas civilizaciones, brillaba esplendoroso.

4

**L**OS motores pertenecían a un tanque y era alemán. Al ver la cruz negra pintada sobre la proa, los paracaidistas estallaron en gritos de entusiasmo y se precipitaron hacia él… Junto al tanque, y detrás de él avanzaban soldados con el mismo uniforme que los de Tommen.

Los paracaidistas se abrazaron en medio de la carretera. Un comandante avanzó al encuentro de Tommen. Era uno de los dos de su mismo batallón. Le alargó la mano.

—¿Objetivo cumplido?

—A medias, señor mayor. No he querido destruir el puente, en parte por no tener bastante material de demolición y en parte por considerarlo inútil. El teniente coronel Van Oost ha muerto, lamento tener que comunicárselo, señor mayor.

—Lo siento. Tomo el mando provisionalmente.

Tommen le comunicó en pocas palabras lo que les había ocurrido.

El mayor le dijo que habían caído entre Canea y el aeródromo de Maleme, ligeramente al Sur, entre medias de un verdadero hormiguero de soldados británicos. Se habían abierto paso a fuerza de granadas de mano y habían logrado establecer contacto con oíros grupos de paracaidistas. Por fin, a media mañana, las primeras oleadas de desembarco alemán, cubierto por el bombardeo aéreo, habían podido tomar tierra, si bien en poca cantidad, y peleando furiosamente.

—El tanque —acabó—es cosa mía. Logré tomarlo cuando había perdido contacto con las fuerzas de la playa. Supuse que lo necesitaríamos y me lo traje. Hubo una cierta oposición por parte de su jefe, pero al final logré convencerlo —añadió mostrando la Luger.

El jefe de tanque, junto, con su artillero, los examinaba con aire resignado desde la torreta.

Tommen sonrió.

—¿Me permite felicitarle, señor mayor Ushlaki?

—Claro que se lo permito, Tommen. Y ahora, examinemos la situación.

Cogió los prismáticos. Desde el puente no podían ver la pequeña ciudad que Tommen había distinguido a lo lejos, pero se la indicó muy aproximadamente.

—Alikianou, probablemente, aunque tengo entendido que hay otra sobre esta carretera, pero apenas es un caserío. Vamos allá, Tommen. Que parte de sus hombres se desplieguen a los lados de la pista. Usted venga conmigo.

Se volvió al jefe de tanque.

—Andando, sargento.

—Sí, señor.

Tommen mandó a Vossler que se encargase de las fuerzas de flanqueo y avanzaron bajo el ardiente sol.

La ciudad, apenas una aldea, se extendió a sus ojos al cabo de muy poco tiempo. A la izquierda de ella, en las colinas que iban ascendiendo rudamente hasta los contrafuertes de los montes Madaras, se veían columnas de humo, producidas seguramente por los bombardeos de la aviación alemana.

—Creo que ha habido bastantes fallos en los lanzamientos —dijo Ushlaki—. Pero de todas maneras, aquí estamos.

Se volvió hacia el capitán.

—Tenemos que apoderarnos de esta isla en muy poco tiempo o nos costaría mucho, Tommen. Si no lo conseguimos, fracasará todo el dispositivo. Está basado en que cuando golpeamos lo hacemos duro y definitivamente, como dirían los americanos.

—¿Tienen muchas fuerzas los ingleses en la isla?

—Sé tanto como usted sobre eso, pero supongo que serán bastantes. Lo que no parece que haya son muchos griegos. La mayor parte de ellos se han quedado en Grecia. ¿Qué ocurre?

Un soldado llegaba corriendo. Jadeante, se cuadró ante ellos.

—Hay soldados enemigos en la población, señor capitán —dijo—. El teniente Vossler dice que ha visto movimiento de tropas desde aquella altura.

—Era de esperar —dijo Ushlaki—. No se iban a estar quietos mientras avanzábamos. Venga.

Se reunieron con Vossler. Este les señaló una nube de polvo, a la izquierda de la población.

—Vehículos y soldados.

Ushlaki pensó un momento.

—Vamos a atacar.

Tommen se volvió a Vossler.

—Vossler, ¿dónde está Lehander?

—No lo sé, capitán. Lo perdí de vista, como ya le dije. No pude establecer contacto con él.

—¿Qué están refunfuñando ahí? —preguntó Ushlaki—. Vamos, dispónganse para el ataque. Tenemos más de cien hombres y un tanque. ¿Qué quieren, el resto de la Wehrmacht para ayudarnos?

—No, señor mayor. Vea.

Del Norte llegaba una nueva formación de aviones. Detrás de los primeros transportes «Ju-88», se veían aparatos más pequeños y que ellos conocían bien.

—Planeadores. Nos llegan, pues, refuerzos.

—Los planeadores están ya soltando amarras, señor. Vea.

—No soy ciego.

Un avión de caza se acercaba en vuelo rasante.

—¡Tírense al suelo! ¡Podrían confundirnos con enemigos! ¡No es la primera vez que ocurre!

Los soldados se esparcieron por el campo, mientras el jefe de tanque sacaba una bandera alemana y la hacía ondear. El caza les pasó una vez, tan cerca que pudieron ver la mancha pálida de la cara del piloto. Los planeadores, parecidos a gigantescas libélulas, descendían cada vez más.

—Nos han reconocido —dijo Tommen levantándose, con la cara llena de polvo rojizo.

—Balicen ese campo —respondió Ushlaki.

Los paracaidistas alemanes, perfectamente entrenados, al recibir la orden, sacaron de sus mochilas pequeñas banderas amarillas y corrieron, en aparente confusión, hasta que todo un trozo de campo, el más llano, quedó encuadrado en un rectángulo de puntos amarillos, perfectamente visibles desde el aire.

El primer planeador los pasó, muy cerca. El piloto hizo un hábil cambio de marcha, enfocó hacia el Norte, para volver al poco tiempo, más bajo, dispuesto al aterrizaje.

Lo logró, con cierta dificultad, debido a que metió las ruedas en un surco; pero se detuvo, por fin, balanceándose de atrás adelante. Los demás, en número de tres, se prepararon.

Y ese fue el momento que eligieron las baterías inglesas para comenzar el fuego.

Las primeras granadas estallaron detrás de ellos, en la carretera. Las demás, afinada la puntería, comenzaron a caer en el campo.

El segundo planeador estaba tocando tierra, cuando una granada lo alcanzó de lleno. Fue como si de pronto se hubiese volatilizado. La granada debía ser de cuatro pulgadas, por lo menos, para producir aquel efecto.

—¡Salvamento! —ordenó Tommen.

Del planeador que había aterrizado ya había surgido un grupo de paracaidistas, llevando cajas y morteros y una ametralladora pesada. El tercer planeador sobrepasó la línea de balizamiento formada por los soldados alemanes y fue a caer en una pequeña loma pedregosa, huyendo de los disparos ingleses. Milagrosamente, no quedó destruido, pero sus alas se partieron y quedaron encajadas entre dos rocas.

El cuarto planeador fue alcanzado en pleno vuelo y cayó hecho pedazos. Algo golpeó pesadamente a Tommen en la guerrera y cayó al suelo. Cuando se inclinó a mirarlo, vio que era una mano humana en la que aún lucía una alianza. Apartó la vista.

Los aviones continuaron el vuelo. Un poco más allá, delante de ellos, el caza ametrallaba algo que no podían ver desde allí.

Ushlaki se había convertido en el centro Se un grupo de paracaidistas, de los desembarcados en el último intento. Uno de ellos era un hombre de alta estatura, de pelo castaño y nariz aplastada.

Tommen pensó que había visto su cara en alguna parte, hasta que vio que Ushlaki le daba la mano al recién llegado.

—Encantado de tener con nosotros a la Infantería pesada —dijo Ushlaki—. ¿Qué le pasa, Max, está herido?

Tommen recordó súbitamente. Había oído decir en Hungría que el boxeador Schmeling, el héroe del pugilismo alemán, se había alistado en un regimiento de paracaidistas.

—No —respondió Max, sonriendo—. Me he torcido un pie, eso es todo.

—Bien, sargento Schmeling, aquí no estamos en el *ring*, pero no le faltarán contrarios. Los ingleses se alegrarían mucho de poder cruzar los guantes con usted.

Un capitán se adelantó, saludando rígidamente.

—Lo siento, señor mayor, pero el sargento Schmeling debe volver cuanto antes al Cuartel General de Operaciones.

—¿Por qué? —preguntó Ushlaki extrañado.

—Órdenes del Reichführer, señor mayor.

Ushlaki se encogió de hombros.

—Ustedes sabrán lo que quieren. Bien, de momento, el Cuartel General de Operaciones está al Norte. ¿Va a hacerle volver solo? Porque yo tengo órdenes de «atacar hacia el Sur».

—Lo siento, señor mayor. Esas son las órdenes del Reichführer.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Ushlaki gritando—. Hitler sabrá lo que hace. Y ahora, si no hay un oficial de mayor graduación que la mía entre ustedes, y creo que no lo hay, yo tomo el mando de las operaciones.

No lo había. Los paracaidistas se agruparon de nuevo, procurando apartarse del improvisado campo de aterrizaje, sobre el que continuaban cayendo las granadas inglesas.

Eran ahora casi ciento cincuenta hombres. Mientras el tanque se ponía en marcha, haciendo zig-zags para evitar las granadas, los paracaidistas se esparcieron en grupos por el campo y comenzaron su avance.

5

**A** menos de un kilómetro de la ciudad de Alikianou había una finca, construida de fuertes piedras, bien labradas, cuyo tejado de pizarra brillaba al sol. Era muy grande y estaba rodeada por un inmenso parque.

Pero no fue en esos detalles en lo que primero se fijaron los hombres que avanzaban por la carretera, bajo el fuego inglés, sino en que la quinta aparecía rodeada de nubecillas de humo, y que algunas de sus partes estaban siendo destruidas sistemáticamente por los morteros.

—¿Qué hacen? —preguntó Ushlaki—. ¿Qué sucede ahí?

Se llevó los prismáticos a los ojos.

—Están combatiendo contra alguien que hay dentro —dijo—. Tommen, coja a un grupo de hombres y trate de enterarse.

Tommen llamó a Horsteter y a Vossler. Ahora que había más oficiales en el grupo de asalto, quería tener a sus oficiales cerca, a ser posible. Rodeados por veinticinco paracaidistas, corrieron por el campo, acercándose a la finca.

Un pequeño camino enarenado unía a esta con la carretera. Ese camino estaba ocupado por algunas escuadras de morteros. Desde una pequeña elevación del terreno, justo donde comenzaba la tapia de la finca, Tommen vio que aquellas escuadras disparaban a toda prisa y que grupos de soldados vestidos de caqui trataban de alcanzar un edificio pequeño, cercano a la casa principal. La casa del guarda, probablemente.

—Debe haber gente nuestra dentro —dijo Vossler.

—Sí. Vamos a atacar en grupo y con todo nuestro fuego. Prepárense.

Alzó la mano.

—¡Ahora!

Disparando sus armas como locos, los paracaidistas alemanes saltaron la tapia y corrieron hacia el caminillo. Los ingleses de los morteros se volvieron hacia ellos, y al verlos, abandonaron las máquinas para correr hacia el otro lado.

El miedo produce extrañas psicosis. Aquellos hombres habían estado combatiendo con decisión y valentía, pero al ver a un grupo de demonios que descendían hacia ellos, vomitando humo y balas, parecieron perder todo interés en su objetivo. Sin decir una palabra, volvieron los traseros, y como si obedecieran a una orden que nadie les había dado, huyeron.

El grupo de Tommen llegó hasta el camino y lo siguió. Desde una de las ventanas del piso bajo de la casa les hicieron un disparo, solo uno, que no alcanzó a ninguno de ellos.

Tommen alcanzó un lugar en que había aún parterres de flores, destrozadas casi todas, y una verja de hierro finamente trabajado, en la que se enlazaban rosales estallantes de corolas furiosamente rojas.

—¡Protéjanme! —ordenó, pensando en los grupitos de soldados de infantería que había visto desde lo alto de la tapia.

Sus paracaidistas se desplegaron en perfecto orden, las pistolas ametralladoras preparadas, los ojos atentos.

Tommen saltó la verja. En una de las ventanas vio una cara, casi oculta por un casco, que lo miraba.

—¡Lehander! —aulló.

Acababa de reconocer a su teniente. Lehander saltó por la ventana, cuyos cristales habían desaparecido.

Los dos hombres se encontraron en los restos del jardín. Otros cinco alemanes habían aparecido en las ventanas.

—¡Lehander! ¿Cómo diablos está usted metido aquí?

El teniente tenía la barba crecida, los ojos febriles y uno de sus párpados guiñaba una y otra vez.

—Bueno, más tarde me lo explicará.

A su derecha oyó vivo fuego de fusilería.

—¡Vossler!

El teniente apareció a su lado. Había perdido el casco y su pelo rubio brillaba al sol.

—Nuestros hombres están combatiendo con los ingleses en el otro lado de la tapia, señor capitán. Hola, Lehander. Parece que te buscaste conflictos. ¿Nos retiramos, capitán?

Tommen miró la quinta. Estaba aún bastante bien, pese a los morterazos.

—Vossler, envíe un hombre al comandante Ushlaki y que le diga que este lugar debe ser guarnecido. Pídale permiso para quedarnos aquí.

—Sí, señor capitán.

Llamó a un cabo y le comunicó las instrucciones. Tommen paró al soldado cuando se iba a marchar.

—He visto heliógrafos entre el material que desembarcaron. Pídale uno al mayor Ushlaki.

—Sí, señor capitán.

Entre los matorrales, fuera del parque, se había entablado la lucha. Los paracaidistas alemanes estaban cazando a los ingleses que aún intentaban atacar. Los desalojaban de los arbustos con bombas de mano y con ráfagas de ametralladora.

Tommen entró en la finca, seguido por Vossler, y ascendió rápidamente por una escalera de madera, los barrotes de cuya barandilla estaban formados por mujeres desnudas.

Abrió una puerta y se encontró en una gran terraza de baldosas rojas y blancas. Se acercó a la balaustrada y protegiéndose con ella miró.

Ante él tenía gran parte del campo de batalla.

A su izquierda, la carretera por la que habían venido, tendida entre campos sembrados, de un color verde intenso, con la mancha brillante de los naranjales al fondo.

A la derecha, el pueblo, con una torre rematada en una cúpula redonda. Más allá, nubes de humo indicaban el sitio en que los aviones alemanes habían dejado caer sus bombas.

Podía ver los uniformes verdosos de los paracaidistas, en la carretera, y también, escondidos en los campos, gruesos, menos visibles, de soldados vestidos de pardo o de kaki. Los ingleses y los griegos. A la salida del pueblo, buen número de vehículos, sobre todo camiones, que se movían de un lado a otro.

La formación de aviones alemanes regresaba ya, vacías sus panzas. Por el Sur llegaban otros aviones, seguramente ingleses de caza, en busca del combate.

Tres paracaidistas alemanes llegaban por el caminillo que conducía a la carretera. Traían algo entre las manos.

Bajó de la terraza y los recibió en la puerta.

—Hemos conseguido un heliógrafo y un aparato de radio, señor capitán —dijo el cabo.

—Hágase cargo de la radio usted mismo.

Todos ellos habían recibido instrucciones en ese sentido. Cualquier soldado alemán de las unidades especiales de choque podía hacerlo. El cabo levantó la antena del aparato y comenzó a llamar monótonamente.

Nadie respondió.

—Continúe haciéndolo.

Subió de nuevo a la terraza, acompañado por sus oficiales.

—Mire, capitán.

Vossler señalaba a la ciudad. Un grupo de soldados y dos camiones habían salido de ella, y se dirigían a toda marcha carretera adelante. Vio cómo los paracaidistas que había en esta se preparaban al combate. Cogió el heliógrafo, muy semejante a los que se emplean en Marina, y lo enfocó hacia el lugar en que estaban los suyos. Un momento después, otro le contestó, brillando a intervalos regulares.

«Qué desean».

«Vamos a ser atacados», heliografió Vossler.

«Enterados», fue la respuesta.

El heliógrafo de la carretera dejó de transmitir. Con aquel sistema de señales cualquier enemigo conocedor del morse podía enterarse de lo que estaban diciéndose. Debían utilizarlo lo menos posible, aunque resultaba muy útil tener uno a mano.

Tommen estaba examinando a los ingleses a través de sus prismáticos.

—Si no recibimos refuerzos pronto, acabarán por empujarnos hacia atrás —dijo.

—Capitán —dijo Vossler—. ¿Por qué estamos aquí?

Tommen se volvió lentamente hacia él. Su cara tostada por el sol estaba impasible.

—Vossler, ninguno de nosotros es un soldado profesional. Por eso le voy a decir una cosa que un militar no haría: Es una corazonada. Si esos empujan por la carretera y no recibimos refuerzos inmediatamente, acabarán por enviarnos hacia la costa. Este es el mejor lugar, si se exceptúa al pueblo, para poder resistirles y dar tiempo a que lleguen nuevas tropas nuestras. ¿Entiende?

—Sí.

—Trataré de que nos dejen permanecer en este palacio.

—En esta especie de ratonera, quiere decir.

—No tanto. Los muros son fuertes. Si no traen artillería ligera o muchos morteros, podremos aguantar. ¿No es así, Lehander? Usted fue quien descubrió el lugar.

—Sí, mi capitán.

—Si el Alto Mando decide que podemos permanecer, seremos de más ayuda que intentando atacar el pueblo, con las fuerzas de que en este momento disponemos. He estado viendo lo que almacenan ahí los ingleses y sus efectivos son más importantes que los nuestros. Bastante más importante.

—Comprendo —respondió Vossler.

—Ahora solo falta que nos den el permiso.

—El permiso de morir —respondió Vossler haciendo una mueca.

—Somos soldados y estamos en misión de combate.

—No opongo ningún reparo a ello, compréndalo, mi capitán.

—Así lo entiendo.

El cabo subía la escalera rápidamente. Jadeando, se cuadró ante ellos.

—El regimiento al habla, señor.

Tommen cogió el aparato.

—Aquí, el capitán Tommen. Paso a informar.

Lo hizo, durante dos minutos… Luego una voz le respondió.

—«Obersf» Lindemann, Tommen.

—¡A la orden, señor!

—No se pueden enviar refuerzos por el momento, Tommen. La orden es: Resistan ahí. ¿Cuántas fuerzas bajo su mando?

—Treinta hombres, «herr Oberts».

—Comunico al mayor Ushlaki que contraataque sobre Alikianou, Tommen —respondió el coronel del regimiento—. Pero si es rechazado, se incorporará a ustedes, en la finca, y tomará el mando de las fuerzas. Resistir a todo evento. Comunique inmediatamente cualquier novedad.

—Sí, «herr Oberst». Entiendo. Así se hará.

La radio quedó muda. Tommen se volvió hacia sus tres oficiales.

—Ya lo han oído. Tenía yo razón. Lehander, ocúpese de fortificar la casa como pueda. Vossler, envíe descubiertas fuera del parque. Que no presenten combate con los ingleses, pero que traten de conocer los efectivos de estos. Horsteter, usted montará guardia en esta terraza y nos comunicará inmediatamente los movimientos de tropas.

—¿Podría yo hacer la descubierta, mi capitán? —preguntó Lehander.

—No, lo haré yo —respondió Vossler. Como teniente más antiguo, tenía prioridad a la hora de escoger las misiones e incluso para dar órdenes.

Su mirada estaba clavada en Lehander.

—Bien —respondió este y desapareció por la escalera…

—Vamos, Vossler, a su trabajo. Instalen el mortero y las ametralladoras. Voy a ver si hay sótano en la casa y lo que podemos hacer con él.

Puso una mano encima del hombro de su teniente.

—Somos fuerzas de choque, Vossler, no ratas de trinchera, pero la guerra pide estas cosas a veces.

—¿Cree que no lo sé, Tommen? Voy a ocuparme de las patrullas.

6

**N**O haber podido conseguirlo! ¡Y, sin embargo, no se me volverá a presentar otra ocasión como esa!

¡Tengo que intentarlo otra vez! ¡Si por lo menos me hubiesen confiado el ocuparme de las patrullas…! Pero Vossler se ha negado a ello y yo sé por qué lo ha hecho. Se imagina, el grandísimo cochino, que quiero intentar pasarme a los ingleses, estoy seguro de que se ha dado cuenta de ello. Por eso me preguntó hace un rato qué es lo que, me había ocurrido. Estoy seguro de qué se imagina que lo intenté cuando perdimos el contacto.

Estoy en peligro, en un gran peligro. Si Vossler lo sospecha, si sospecha que me quiero pasar a los ingleses, me denunciará a Tommen o a Horsteter y ahí habrá acabado el teniente Lehander.

¿Por qué no decirlo? ¡El judío Lehander! Es curioso, es abrumador. Unas pocas gotas de sangre judía me convierten en judío. ¿Por qué todas mis gotas de sangre alemana no me convierten en ario, por el contrario? Que intenten explicar esto Rosemberg y todos sus repugnantes filósofos del nacionalsocialismo.

Que intenten explicarlo, si es que pueden.

Y pensar que he sido yo mismo quien ha encontrado esta ratonera de la que ahora no puedo salir.

Y sin embargo… Debo escapar o Vossler me denunciará. Lo leo en sus ojos. Cada vez que me mira, puedo leer en ellos que solo espera el momento oportuno para hacerlo. ¿El momento oportuno? ¡No, eso no es cierto! Lo que hace es jugar conmigo, con mi miedo, porque él «sabe» que yo «sé». Eso es lo que hace. Juega conmigo, como un gato con un ratón antes de atraparlo definitivamente y llevárselo a las fauces. ¡Maldito sea una y tres veces y mil veces! Pero si él es listo, yo tengo la astucia de los que se han visto obligados durante dos mil años a huir, a ocultarse, a hacerse invisibles para que no los matasen o los expoliasen o los torturasen. ¡Vossler, lleva cuidado! Una bala se dispara pronto. Una bomba estalla rápidamente y entonces…

Entonces; ¿de qué te servirá saber que soy un judío? Tu secreto morirá contigo.

Y tiene que ser pronto. Mientras creíste que lo único que trataba de ocultar era el hecho de ser judío has callado, pero ahora que te imaginas lo que intento hacer, pasarme al enemigo…, ¡a vuestros enemigos, no los míos! debo acabar contigo.

**\* \* \***

TOMMEN

¡Qué hermosa encerrona! Desciendo las escaleras que conducen al sótano y cada vez pienso que me he sobrepasado en las órdenes que recibí. No debí tener la corazonada de que resistir en este lugar es ganar tiempo.

No, debí limitarme a cumplir las órdenes que me dieron, que son las de morir si es necesario por la patria, luchando, con las armas en la mano, pero no pensar por mi cuenta. Para eso están los oficiales del Estado Mayor.

Pero, hecho está.

Esta gente vivía bien, caramba. Esto no es un sótano, es una bodega, y bien surtida, por cierto. Diantres, vaya si vivían bien. Debía ser gente muy rica, no cabe duda alguna. Vinos de la isla, de Chipre, de Chianti, de Grecia, aguardiente, coñac turco, francés… ¡Hay para una verdadera orgía en la que pudiera tomar parte todo un batallón! Habrá que ordenar severamente a los hombres que no abran ni una sola botella. Han combatido duramente, y el hombre es hombre, no hay que dudarlo. Se emborracharían con un par de botellas cada uno.

Cada vez me afirmo más en la creencia de que entre Vossler y Lehander hay algo. Algo que los separa, pero que al mismo tiempo hace que tengan que estar juntos. ¿Una mujer, quizá? Sí, eso debe ser. Tal vez han amado a la misma mujer.

Tendré que preguntársele, pero estos no parecen momentos oportunos. Además, quizá no contesten a su capitán. Seguro que pensarán que mis dos estrellas no me dan autoridad para meterme en sus vidas privadas, pero cuando Lehander perdió el contacto con nosotros, vi que Vossler estaba atento, a la espera. ¿A la espera de qué, por otra parte?

Bien, se puede organizar la defensa bien. No será una mala idea lanzarles a los ingleses todas estas botellas en lugar de granadas. Esos borrachos pelearían por ellas y se olvidarían, quizá, de pelear contra nosotros. Pero, por el momento, hay que procurar que nuestros bravos «feldgrauen» no entren a saco en este tesoro. No les conviene.

¿Una copita, Tommen? ¿Una copita de este magnífico aguardiente de ciruelas? Solamente el «kummel» podría comparársele. Pero no, recuerda que eres el jefe. No puedes hacer lo que vas a prohibir a otros.

¿Qué hay allí? Parece que algo se mueve. Saca la Luger, Tommen. Sí, allí hay alguna cosa que se ha movido. Ahora, con mucho cuidado. Acércate examinando las botellas, metidas en sus cestos, colocadas en sus estanterías.

Así, poquito a poco como si no te hubieras dado cuenta de nada.

Porque no cabe duda alguna de que algo se ha movido, algo más claro que el resto de la cueva. Tu linterna lo ha captado fugitivamente.

Lleva mucho cuidado, Tommen. La muerte puede estar acechándote entre esos centenares de botellas, cada una de las cuales tiene en su panza el olvido momentáneo para todas las desdichas que afligen al soldado en campaña.

¡Con cuidado, Tommen, te estás acercando al lugar en que has visto algo moverse!

**\* \* \***

VOSSLER

¿Por qué ha querido cambiar las dos misiones? No hago más que preguntármelo. Alguna idea debe cocerse tras de esa frente obstinada, tras de esa cara azulada por la barba crecida.

Lehander, ¿qué diablos estás tratando de hacer? ¿Me tienes miedo? ¿Temes que te denuncie? ¿Qué le diga a Horsteter dos palabritas al oído? Ya estoy viendo al bueno de Horsteter, inflado por sus ideas nacionalsocialistas, saltándote al cuello mientras exclama: «¡Perro, perro judío, estirpe de vampiros!»

Me gustaría saber cómo están mis padres. ¿Cuánto tiempo hace que no recibo carta de ellos? Mucho, ya he perdido la cuenta de ello.

Ojo, hay que decirle al cabo Gross que expone demasiado a sus hombres en las descubiertas. Allí, detrás de esos laureles se puede colocar un centinela. Bien agazapado, su uniforme se convertirá en invisible contra el verde profundo de las hojas con las que se coronaba a Apolo en estas tierras. Apolo Dafneo. Qué bien suena eso leído en un libro. Pero la realidad me dice que esos laureles quizá tengan el tronco demasiado delgado para ocultar a una ametralladora, o a dos tiradores telescópicos. De todas formas, aquí queda un hombre…

Ese Horsteter… Tommen me ha dicho que mató a un inglés que quería rendirse. No tengo nada en contra de suprimir a los enemigos, que están por su parte intentando suprimirme a mí, pero… Matar fríamente a uno que quiere rendirse…

Esta valla baja de ladrillo es excelente para contener a la Infantería. ¡Qué bien combaten los ingleses! Acostumbrados como estamos a que nos llenen los oídos de las excelencias del soldado alemán, hemos llegado a creer que nadie más que nosotros sabe pelear.

Y no es verdad. Diablos, una carga inglesa a la bayoneta es algo que lo llena a uno de admiración. No, no solamente los alemanes sabemos luchar. También otros pueblos… ¿o quizá debiera decir otros hombres?… También saben.

Pues… ¿y los griegos? Esos menudos hombrecitos de color de tierra, de ojos salvajes, de músculos de alambre, se baten con un valor que me admira. Al fin y al cabo, defienden su tierra. Por pobre que sea, es su tierra, en la que tienen a sus hijos, a sus mujeres, en lo que aman y sufren, y eso le da a uno valor. ¿Serían así los antiguos micénicos? ¿Pequeños, valerosos decididos?

Bueno, y ¿qué diablos me importa eso ahora? Lo que debo hacer es procurar que esos camiones ingleses que veo en la carretera no lleguen aquí, y si llegan y desembarcan tropas, procurar que esas tropas no me cojan desprevenido.

Lehander… Me gustaría saber qué diablos está tramando. Y él también sabe combatir. Este sitio lo eligió al primer golpe de vista. ¿Quién dijo que los judíos eran cobardes? No lo son. Cuando es necesario, luchan como demonios.

Bien, creo que eso es todo. Los ingleses no podrán acercarse sin que nos enteremos.

Vamos de vuelta a esa finca en la que veranearon o vivieron unos tipos que tenían mucho más dinero del que tú tendrás nunca en la vida, señor primer teniente Vossler.

**\* \* \***

HORSTETER

¡Superado! ¡He entrado en fuego y he demostrado con creces mi valor! ¡Esas últimas dudas se han disipado! No podía por menos de ser así, pero es bueno estar seguro de que uno es un valiente, un auténtico alemán, que hay un gran corazón alemán debajo de mi guerrera verde. Ahora todo parece tan fácil…

Tan fácil como resultó el volarle la cabeza al cochino tanquista inglés. ¡Rendirse! Sólo se rinden los cobardes y esos no tienen derecho a la vida. Cuando acabé con él y lo vi, ridículamente colgado de la torreta, sentí una felicidad como no la he sentido desde que me gradué en la Escuela de Comercio, y solamente superada a cuando me admitieron en el Partido. ¡Ah, acabar con un enemigo de mi patria no resulta solamente un deber. Es también una felicidad!

Desde esta terraza veo bien cómo esos cochinos de ingleses, esos traidores a su sangre nórdica, avanzan. Pero, ¡cuidado, traidores! Ahí, en esa carretera hay hombres de corazón, de riñones, que os romperán los vuestros. Vais a encontrar un hueso que os pulverizará los dientes. A la vista de cada cuerpo muerto vestido de kaki, un suspiro de satisfacción me ha llenado el pecho, me ha subido a la boca.

Esta ratonera…

No, no debo pensar eso. Aquí nos llenaremos de gloria, si nos atacan. Que vengan, que vengan en masa. Nuestras ametralladoras acabarán con ellos, como con los muñecos del campo de adiestramiento. Os veré caer, heridos en el vientre, en el pecho, en la cabeza… Y a cada uno que caiga gritaré desde lo más profundo de mí corazón: «¡Me parecéis pocos, es necesario que vengáis más, para que más muráis!»

Y si me matan a mí…

Pero, ¡no! ¿Por qué habrían de matarme? No mueren los buenos soldados como yo. Mueren esos cochinos traidores, esos degenerados griegos, pequeños, inmundos, sucios. Yo, ¡no! Además, me esperan mis padres. Me espera el Partido, me espera Griseldine, con la cual me casaré y tendré hijos sanos, alemanes, que continúen mi estirpe de soldado y de patriota.

¡Yo, no!

Y aun suponiendo… que una bala… No, no debo pensarlo. Pero… el caso es que otros, otros tan patriotas como yo han muerto… Han quedado impotentes, han sido abrasados, destrozados, machacados… ¡Qué horror! No pienses en eso, Karl Horsteter, no debes pensarlo siquiera. En todo caso, habrías muerto por tu patria, por la Gran Alemania, por el más colosal país que jamás hubo en la Historia.

No puedes morir. Y no pienses más en ello. Piensa mejor en que esos condenados ingleses están avanzando. En que despliegan guerrillas, grupos de combate, algunos, de los cuales parece que se dirigen hacia acá.

Sí, no cabe duda. Vienen para acá. ¿Cuántos? Quizá el efectivo de una compañía. Y traen…

¡Traen gaitas!

¡Locos! ¡Se traen la música para su propio funeral! ¡Gaitas! ¡Fusiles, ametralladoras, morteros, os harán falta para enfrentaros a nosotros, a los hombres del Norte, a los puros, a los señores!

¡Venid, pues, la muerte os espera!

Hay que avisar al capitán Tommen.

7

**T**OMMEN enfocó la linterna, al mismo tiempo que alargaba el brazo. Su manga derribó una botella y su mano aferró algo que se movía.

—¡Quieto! ¡Quieto o lo mato!

Lo que tenía cogido era algo suave, que se retorcía como una serpiente.

La luz iluminó un pelo oscuro, las cuencas de dos ojos muy abiertos, la línea de una mejilla.

—¿Qué hace usted aquí?

Tiró del brazo y obligó a la mujer a salir al pasillo entre las estanterías de botellas.

—¡No se resista! No quiero hacer daño a una mujer.

Dos manojos de dedos, al final de cada uno de los cuales había uñas, avanzaron hacia sus ojos. Apartó la cara, instintivamente.

—¡Quieta, he dicho! ¡Maldita sea!

Una uña carmesí le había rayado la mejilla. Lanzó a la mujer al suelo, violentamente.

Tommen le enfocó la linterna directamente a los ojos. Ella parpadeó, deslumbrada, y comenzó a incorporarse.

—Bueno, ¿qué espera para matarme? ¡Máteme!

Tommen entendió esta última palabra, por su similitud con la griega antigua. Rebuscó en su cabeza, pero no pudo encontrar las palabras con las que hubiera querido decirle que no pensaba matarla.

—¿No entiende el alemán?

Ella lo miró, sin responder.

—¿Y el francés? —preguntó Tommen.

—¿Qué quiere decirme? —respondió ella en esta misma lengua.

—No quiero matarla. ¿Quién es?

—¿Qué le importa eso a usted? Vamos, acabe conmigo. Le advierto que pueden hacer conmigo lo que quieran, pero yo los escupo a todos.

Su francés era excelente, el francés que se puede aprender en un buen colegio y en Francia. Los ojos de la mujer brillaban de una manera que a Tommen se le antojó salvaje.

—Vamos, póngase en pie —ordenó—. Nadie piensa en matarla.

—Puede que sí piensen en otras cosas.

—¿Por quién nos toma?

Tommen estaba enojado. Ante él tenía, arrodillada, a una mujer joven, de unos veinticinco o veintiséis años, vestida con una falda amplia, coloreada, y una blusa blanca, de seda. Sus manos eran largas, sus piernas esbeltas, su busto lleno y preciso.

—¡Usted es alemán!

—Lo soy. Póngase en pie.

Ella obedeció, lentamente. Era alta. Incluso ahora, despeinada, con la cara sucia, resultaba muy bonita.

—Vaya delante de mí. Si me obedece no le ocurrirá nada.

Ella se volvió hacia él con un movimiento lleno de gracia inconsciente.

—¡Sucio puerco!

—Continúe andando —respondió Tommen, vejado.

Ella caminó hasta la entrada del sótano. Se detuvo en el primer escalón. La luz de la linterna de Tommen caía sobre ella, directamente.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Primero suba. Después hablaremos.

En la puerta de entrada al sótano había un cabo. Miró a la muchacha, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tommen.

—Señor capitán: el señor subteniente Horsteter me ha ordenado le diga que se aproximan fuerzas inglesas.

—Dígale que no se mueva de su puesto. Voy para allá. Cabo, vigile a esta mujer. He dicho que la vigile. Me responde de ella.

—¡Sí, señor capitán!

Tommen subió rápidamente a la terraza. Horsteter lo esperaba. Le señaló con el dedo.

—Están disponiéndose a atacar, señor capitán.

—Ya lo veo.

Hizo girar los prismáticos.

—No hay tanques. Al menos, a la vista.

Una formación de aviones avanzaba desde el Norte. Una sola ojeada le permitió reconocerlos como alemanes. Eran bombarderos.

—La radio, Horsteter.

El subteniente dio un grito y el cabo que se había hecho cargo del aparato apareció.

—Comunique con el cuartel general del Regimiento, si puede lograrlo.

El Regimiento contestó casi inmediatamente.

—Se disponen a atacarnos —dijo Tommen—. Espero instrucciones.

—Resistir—fue la respuesta—. ¿Mantiene contacto con el resto de las fuerzas?

—Hasta ahora, sí.

—Bien. Resistan.

—Veo aviones, señor. Si bombardean el sector pueden lanzar sus bombas sobre nosotros.

—No ocurrirá, Tommen —respondió el coronel.

Tommen sabía que aquella afirmación era puramente gratuita. Lo que esperaba el coronel que ocurriese, no lo que supiera que iba a ocurrir. Había visto muchas veces, desde que se vistió el uniforme por primera vez, cómo los aviones ametrallaban o bombardeaban a sus propias fuerzas.

—Sí, señor —respondió rutinariamente—. Convendría que bombardearan el pueblo. Hay muchas fuerzas inglesas concentrándose en él.

—La aviación tiene ya el dato. ¿Necesitan algo?

—No, señor.

Cuando lo dijo estaba pensando en la magnífica bodega de la finca. Las palabras «solo jamón y pan para acompañar al vino», se le vinieron a la mente pero no las dejó salir de allí.

—Creo que va a comenzar el baile —dijo, en cambio.

—Resistir, Tommen. Es una orden.

—Sí, «herr Oberst».

La comunicación se cortó. Tommen se volvió a Horsteter.

—Usted se queda aquí. Mantenga un enlace constantemente con la planta baja, para comunicarle los movimientos de tropas. A no ser que bombardeen la terraza, usted permanecerá en ella.

—A la orden, señor capitán.

Tommen bajó, después de lanzar una mirada, a través de los prismáticos, a los ingleses. La progresión de éstos era lenta, pero segura. Desde la carretera, los paracaidistas del mayor hacían un fuego infernal, y sobre ellos se dirigía el principal foco del ataque.

La muchacha estaba sentada en un banco de madera, graciosamente labrado. El cabo, con la pistola ametralladora al brazo, le hablaba en voz baja.

Tommen se plantó ante ella, con las piernas abiertas, los pulgares en el cinto.

—¿Nombre? —preguntó en francés.

—¿Por qué habré de decírselo? —respondió ella desafiante.

—No podemos perder tiempo. Quiero tratarla como a una señora, pero usted debe contestar a lo que le pregunte. ¿Entendido?

—Ustedes son los invasores de mi país. No tengo por qué contestar a sus preguntas.

Tommen la miraba con atención. Por un momento había pensado que se trataría de una de las criadas de la quinta, pero al oírle hablar y ver sus manos comprendió, que no había tal. Además, aquella cara… Tenía la impresión de que no era la primera vez que la veía.

—¿Es usted la dueña de la casa?

—No quiero contestar a sus preguntas.

—En ese caso —dijo él—, me desentenderé de usted. Mis soldados son personas decentes, pero en la guerra… Nunca se sabe. Y tratan a los enemigos como a tales.

Sentía una absurda necesidad de que ella le dijese su nombre. Cada vez le resultaba más acuciante la idea de que había visto aquel rostro en alguna parte. Pero… ¿dónde?

Se quitó el casco de paracaidista. La luz que entraba por una de las ventanas que sus hombres estaban tapiando para la defensa, cayó de lleno sobre su rostro.

La muchacha lo miró. Una expresión de extrañeza se pintó en su rostro.

—¿Me dice, pues, su nombre y lo que estaba haciendo aquí?

—Me llamo —dijo ella lentamente, con un esfuerzo—. Atanasia Spiros.

El nombre no le decía nada. Pero la cara…

—¿Qué hacía aquí?

—Es la casa de mi padre.

—¿Han huido sus padres?

—Sí.

—¿Por qué no se marchó usted con ellos cuando nosotros desembarcamos?

Ella se encogió de hombros.

—No pude —dijo vagamente—. Fue todo demasiado rápido.

Estaba mintiendo, desde luego, pero el tiempo apremiaba. Vossler regresaba del jardín. Se les quedó mirando.

—Caramba, Tommen— ¿de dónde sacó «eso»?

—Del sótano. Por cierto, Vossler, hay ahí una bodega demasiado bien provista. Ponga un centinela en la puerta. Nadie debe llegar hasta ella. Dentro de un rato repartiremos unas botellas entre los hombres, pero quiero que sea usted quien haga el reparto. No quiero borracheras en los momentos actuales.

—Entendido. ¿Quién es ella?

—Dice que la hija de los dueños. No lo sé, pero pudiera ser que dijese la verdad. ¿Cómo va la cosa ahí afuera?

—Están concentrándose. Pero la casa parece fuerte. Si no emplean artillería, podremos resistir bien. Escuche, Tommen, usted es quien da las órdenes aquí, pero... ¿Entiende ella el alemán?

—No. Creo que no, al menos. Hablo con ella en francés.

—¿No podríamos dejarla marchar? No me agrada la idea de tener una mujer aquí, con nosotros. Los soldados son los soldados y la guerra, la guerra. Estará más segura al otro lado, con los suyos.

—Ya lo he pensado, Vossler. Pero… quizá nos sea útil.

—¿Rehenes, Tommen?

—Algo por el estilo.

No le gustaba en absoluto lo que estaba diciendo. Comprendía que Vossler tenía razón, y lo que debían hacer era dejarla marchar. Pero…

—¿Cómo podremos utilizarla si los del otro lado no saben que la tenemos aquí?

—Podemos hacérselo saber.

—Ya.

Por su cara, Tommen podía ver que tampoco le agradaba la idea. Pero la guerra es la guerra. Casi dos años en los frentes convierten a los hombres en otras personas distintas de lo que eran al incorporarse.

—En fin, si usted cree que nos puede ser útil…

—Si veo que puede haber peligro real para ella, Vossler, la dejaré marchar.

—Usted manda, capitán.

La casa retembló. Tommen se precipitó hacia la ventana. Por la parte exterior, un soldado alemán se incorporaba, lleno de polvo. El sol comenzaba a descender en el horizonte.

—¿Qué ha sido eso?

—Un mortero, señor capitán. Empieza el baile.

Tommen se volvió a la muchacha.

—¿Me da su palabra de que no intentará huir?

—No.

—En ese caso, tendré que atarle los pies. Lo siento, pero no puedo dejar que corretee por ahí. Hay peligro. Los ingleses van a asaltar la casa.

—¡Espero que los maten a todos ustedes!

—De acuerdo, pero mientras tanto…

Abrió la puerta. En una de las habitaciones, comprobó que la ventana estaba tapiada.

—Pase.

—¿Me va a encerrar ahí dentro?

—No hay otro remedio, si usted no me da su palabra de no intentar huir.

—No se la daré.

—Pase entonces.

Ella alzó la cabeza desdeñosamente y atravesó la puerta. Tommen cerró tras ella. Se limpió el sudor que le corría por la frente abajo. Vossler lo examinaba atentamente.

—No se quede ahí. Prepare la defensa.

Subió a la terraza. Mientras ascendía la escalera, un nuevo mortero estalló junto a la casa.

Horsteter examinaba fijamente los alrededores de la quinta.

—Van a lanzar un ataque en masa, señor capitán —dijo.

—Ya lo veo.

Numerosos grupos ingleses, al parecer, se acercaban a las tapias de la quinta. En la carretera se combatía furiosamente. Un camión blindado, provisto de ametralladora, estaba parado en medio de la pista y era el centro de los ataques de los paracaidistas del mayor Ushlaki, que lo asaltaban con granadas de mano. Pero no podrían resistir mucho tiempo a las fuerzas que se les echaban encima.

—Radio.

El cabo se le aproximó y llamó al regimiento. Este contestó casi inmediatamente.

—¡Resistan, Tommen!

—No se trata de eso, señor coronel. A nosotros no nos han atacado todavía. Pero los hombres del mayor Ushlaki estarán metidos en un avispero muy pronto. Se aproximan fuerzas importantes procedentes de Alikianou.

—Sabemos lo que le ocurre al mayor. Ocúpese usted de lo suyo.

—Ocurre, señor coronel, que tenemos un rehén. La hija de los dueños de la quinta.

—¡Que la frían con paprika, Tommen! ¿Por qué me viene con semejantes tonterías? ¿Se imagina que los ingleses se preocuparán de un rehén cuando se trate de tomar una posición importante?

—No, señor coronel —respondió Tommen irritado.

—¡Resistan!

La radio se cerró. En ese momento, los ingleses comenzaron el ataque. Sus morteros no alcanzaban aún los muros de la quinta, pero su infantería esbozó una finta sobre la tapia. Allí fueron rechazados por los paracaidistas de Tommen, bien protegidos por sus propios morteros, ametralladoras y granadas de mano.

El sol comenzó a ocultarse.

8

**L**A noche solo frenó en parte el furioso ataque inglés. A la luz de bengalas que descendían fantasmalmente sobre la quinta, lanzaron oleada tras oleada de asaltantes que iban a morir ante la tapia de piedra. Cuando a las doce y media pararon, no habían conseguido infiltrarse ni una sola vez en el parque.

Por fin, los cansados combatientes pudieron ser relevados por los que estaban dentro de la casa. Regresaron a ésta para comer sus cortas raciones de campaña. Al ver las botellas de aguardiente y de coñac que los esperaban, lanzaron algunos hurras, y un sargento preguntó si de donde había salido aquello no podría salir algo más.

Tommen los reunió en el amplio comedor de la quinta. Un grupo de hombres sucios, harapientos, con los ojos brillantes. Los heridos habían sido colocados en el «hall» y les habían prestado los primeros auxilios, que no pudieron ser muchos, por otra parte. Había también algunos muertos, y esos, después de ser despojados de sus placas de identidad, quedaron en el jardín.

—Escuchen —dijo Tommen—. Hay más botellas, efectivamente, pero serán racionadas por mí, personalmente. ¿Entendido?

Dijeron que sí con la cabeza, pero Tommen sabía que a partir de ese momento tratarían por todos los medios de penetrar en la bodega y de hacerse con el alcohol, que para los soldados es tan importante a veces como la comida.

Recorrió las posiciones, en los jardines, andando silenciosamente. Halló a cada soldado en su puesto. Cuando iba a llegar a uno de estos hacía sonar el silbato modulado de los paracaidistas y no se aproximaba hasta que no oía la contestación.

En la carretera todo estaba silencioso. O habían acabado ya con los soldados del mayor, o también allí descansaban.

Volvió a la casa y abrió la puerta del cuarto. La muchacha estaba allí, con los ojos brillantes, despeinada y manchada de polvo la blusa de seda.

—Salga —dijo.

Ella obedeció y se dirigió hacia uno de los lavabos. Cerró la puerta, y Tommen esperó al otro lado. Por fin ella salió. Se había lavado la cara, ya que el agua no había sido cortada.

Se quedó mirando a Tommen.

—Ahora recuerdo dónde le vi —dijo—. En París. Usted asistió un curso a las conferencias de Charbonneau.

Tommen recordó súbitamente. A aquellas conferencias de verano asistían estudiantes de todas partes del mundo. Todos aquellos que estaban interesados en la cultura micénica habían ido. Ahora se acordaba de la joven estudiante griega en cuyo mismo banco había estado sentado varias veces.

Sonrió.

—Siento que nos hayamos encontrado de nuevo en estas condiciones, señorita Spiros. Lo lamento de veras.

—¿Que lo siente? ¿Que un alemán lo siente? Usted me hace reír.

—Lo siento —repitió un poco tontamente.

Lehander y Horsteter los escuchaban. El primero comprendía el francés; pero Horsteter no.

—Si no hubiera sido por la guerra, tal vez nos hubiéramos encontrado aquí en otras circunstancias —dijo Tommen—. Tenía pensado venir a Creta por seis meses. Estaba ahorrando para ello.

—Pues ahora está usted aquí sin tener que gastar su dinero. Sólo el nuestro —respondió ella acerbamente.

—Y nuestra sangre.

—¡Y la nuestra también!

Lehander intervino en la conversación de pronto. Su francés era un poco lento, y escogía las palabras cuidadosamente. Hacía mucho tiempo que no utilizaba ese idioma.

—La guerra tiene estas extrañas humoradas —dijo—. Los que ayer eran amigos, al momento siguiente se encuentran, convertidos en enemigos. Y yo me pregunto…

—¿Qué? —preguntó Tommen. Estaba cansado, le escocían los ojos y sentía un invencible deseo de echarse a dormir, ocurriese lo que ocurriese.

—Me pregunto si todos los hombres de buena voluntad no podrían…

Se calló. Tommen lo miraba.

—Eso está por encima de nosotros —dijo el capitán—. No somos nosotros quienes dispusimos que había que pelear. Pero tenemos que obedecer.

Dos rosetas encarnadas aparecieron en las mejillas de Lehander.

—Pero… ¡si todos los hombres decentes se unieran no habría manera de provocar otra guerra!

—Eso suena a panfleto comunista, Lehander —respondió Tommen—. Más vale que no repita eso.

—Pues tiene razón —respondió la joven violentamente—. Él tiene razón, y no los que como usted, según dice, se limitan a obedecer lo que les ordenen los de arriba, por equivocados que estén.

—En ese caso, ¿por qué ustedes los griegos…?

—¡Nosotros somos los invadidos! Nos atacaron los italianos y los vencimos. Tuvieron que llegar ustedes para librarlos de una carnicería.

—¿Lo ve? Usted también se alegra de las victorias de su pueblo. Y creo que podemos dejar la discusión. No conduce a nada. No podemos convencernos mutuamente.

Horsteter había seguido la conversación sin entender. Se volvió a Lehander y le preguntó de qué habían hablado.

—De ética —respondió secamente el teniente—. Voy a relevar a Vossler.

—Yo me echaré un rato —respondió Tommen, al que se le cerraban los ojos.

Pasada la excitación del combate, el cansancio se había abatido sobre él. El cansancio y la responsabilidad.

Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. La muchacha se inclinó sobre él.

—¿No me encierra? —preguntó.

—Es inútil. Además, no puede salir en la oscuridad. La tomarían por un enemigo y dispararían contra usted. Pero si es eso lo que desea…

—Yo la vigilaré —dijo Horsteter con los fanáticos ojos fijos en la mujer—. Duerma usted, señor capitán.

—Horsteter.

—¿Sí?

—La señorita no es una judía, ni un soldado inglés que quiera rendirse. Recuérdelo. Debe tratarla con arreglo a lo que es. No lo olvide.

El sueño se apoderó de él casi instantáneamente.

Lehander salió al jardín. Haciendo sonar su silbato, se acercó al primer puesto de centinela. Dos soldados y un cabo vigilaban junto a una ametralladora pesada.

—Todo tranquilo, señor teniente.

Vossler estaba en el segundo puesto, junto a un pequeño grupo de paracaidistas.

—Puedes irte a dormir —dijo Lehander—. Tomo la guardia.

—Ahí enfrente —respondió Vossler—hay un grupo de ataque inglés. Les he oído hablar. Están en el pequeño parterre, frente a nosotros. Tengo la impresión de que se han acercado más de lo que lo estaban.

Lehander se apoyó en la tapia, tratando de ver en la relativa oscuridad. Sólo distinguía las sombras de los árboles que aún no habían sido derribados por la metralla.

—No veo nada.

—No, pero están ahí. Tienen entre ellos un tirador muy bueno. Ha estado a punto de darme tres veces.

—No deberíamos estar matándonos en una noche como esta, ¿verdad, Vossler?

—No. No deberíamos estar tratando de matarnos.

—¿No te vas a ver si puedes dormir un poco?

—No tengo sueño, y me preocupan los de ahí enfrente. Me quedaré aquí.

«No quiere dejarme solo. Quiere vigilarme. ¿Y si en este momento yo disparase contra algo que dijera haber visto ahí enfrente? Ellos contestarían.

Y una bala perdida podría alcanzarlo. Seguramente que una bala lo alcanzaría en la cabeza… Yo me encargaría de ello».

Lehander sacó la pistola de la funda sujeta al cinto.

—¿Qué haces? —preguntó Vossler.

—Me preparo, simplemente.

—Todo está muy tranquilo, camarada.

Los soldados de la ametralladora se volvieron para mirarlos a ambos. Uno de ellos sacó un cigarrillo. Vossler le dio un golpe en el hombro.

—No, muchacho.

—Soy veterano, señor teniente. Puedo fumar ante las narices de un «tommie» y él no lo notará.

—No, muchacho. Estoy protegiendo tu vida. Ese tirador de ahí enfrente te cazaría como a un conejo en descampado. No se te ocurra fumar. ¿Qué te ocurre? ¿La espera te enerva?

—Un poco, señor teniente.

«Debería marcharse. No quiero matarlo. No quiero tener que matarlo».

—Me parece —dijo Lehander—, que ahí enfrente se mueve algo.

—No veo nada.

Lehander hizo sonar su silbato modulado. Emitía un ruido muy pequeño, una especie de trino de pájaro, de tres notas.

—¿Qué haces? No puede haber gente nuestra ahí delante. Estamos todos dentro del parque.

—Pues entonces, «esos» se están acercando.

—Le digo—Vossler hablaba apaciblemente, pero con una nota de autoridad en su voz—que no veo nada. ¿Y vosotros, muchachos?

—Nada —dijo uno de los soldados.

—Nada —agregó otro.

—Los nervios te están jugando una mala pasada, Lehander —dijo Vossler en voz baja para evitar que los sirvientes de la ametralladora le oyeran.

—No.

—Te digo que sí. Nada se mueve.

«De todas maneras, intentar pasarme ahora, en la oscuridad, sería suicida. Me dispararían. Tendría muy pocas probabilidades de alcanzar las líneas inglesas sin recibir un tiro. Vossler, te estás salvando por el filo de una navaja».

—Tranquilízate, Lehander. ¿Quieres un trago de coñac?

—No lo necesito.

—Pero te hará bien. Vamos, bebe. Tengo una cantimplora llena.

—No.

«¿Por qué no te lo llevas a un lado y le dices que hable, Lehander? ¿Por qué no le obligas a dar la cara, a decir que te ha reconocido, que sabe quién eres? ¿Por qué no lo haces?

Súbitamente, una bengala se disparó en las líneas inglesas y comenzó a descender, sostenida por un diminuto paracaídas. Inmediatamente los soldados se engarfiaron a la ametralladora, y los dos oficiales se agacharon automáticamente.

A cien yardas, detonó un disparó. Luego otro, y otros dos más.

—No respondáis —ordenó Vossler en voz baja—. No hagáis fuego hasta que yo lo ordene. Tratan de ponernos nerviosos.

La luz iluminaba de azul las copas de los laureles, y vestía al campo de un verde esmeralda. No notaron ningún movimiento en las líneas inglesas.

La bengala se apagó al llegar a tierra.

—Preparados por si llega un ataque —ordenó Vossler.

Se volvió a Lehander.

—Voy a recorrer los puestos. No te muevas de aquí.

¿Había una amenaza velada en sus palabras? Lehander no contestó. Vigilaba atentamente la tierra de nadie, aunque el resplandor de la bengala los había cegado, cuando ya estaban acostumbrados a la semioscuridad del cielo estrellado.

Vossler se alejó, haciendo sonar su silbato musical.

Tommen se despertó al oír los disparos. Como todos los veteranos, para él, despertar y pasar a la acción era todo uno. Al instante siguiente ya estaba en pie, con la pistola en la mano.

Se dirigió a la puerta. Había tres soldados en ella, con las pistolas ametralladoras preparadas.

—No parece un ataque, señor capitán. Alguien se divierte, eso es todo.

Tommen salió silenciosamente. Encontró a Lehander enseguida.

—Sin novedad.

Vossler se hallaba en la esquina de la valla de piedra en el lugar en que estaba instalado uno de los morteros.

—Sin novedad, Tommen.

—Que siga así, hasta la mañana.

Recorrió todos los puestos y luego volvió a la casa en el mismo silencio.

La puerta de la bodega estaba abierta.

Sacó su linterna eléctrica, a la que comenzaba a fallar ya la pila, y descendió los escalones, procurando hacer el menor ruido posible, con sus botas de paracaidista, de gruesa suela de goma.

Enfocó de pronto la linterna.

Dos soldados estaban sentados junto a una de las estanterías, y cada uno de ellos tenía una botella en la mano. Lo miraban con los ojos muy abiertos. A uno de ellos le chorreaba el vino por la mandíbula.

—Arriba —dijo Tommen.

Los dos hombres se pusieron en pie.

—Señor capitán —comenzó uno de ellos.

—¡Silencio! ¡Arriba, he dicho! Ni una sola palabra. ¡Arriba!

Los dos soldados, tambaleándose ligeramente, pero haciendo esfuerzos por que no se notase, ascendieron la escalera. Una vez arriba, Tommen cerró la puerta de la bodega.

—Sólo les diré una cosa: por esta vez no haré nada contra ustedes, pero si vuelven a desobedecer mis órdenes, irán a un consejo de guerra. Y ahora, los dos quedarán ante esa puerta y evitarán que alguien que no sea yo entre. ¿Entendido?

—Sí, señor capitán—respondieron los dos hombres, todavía pálidos.

Tommen subió a la terraza. Horsteter estaba sentado junto a la barandilla de piedra.

—¿Nada?

—Nada, señor capitán —respondió el subteniente.

—¿Y la prisionera?

—Está allí…

Señalaba uno de los rincones de la terraza. Tommen se acercó, pero allí no había nadie.

—No está.

—Pues estaba… Cuando comenzaron los disparos me distraje un momento… ¡Maldición, se habrá escapado!

—¿Por dónde, estúpido? ¿Por el aire?

Bajó las escaleras aprisa, y se enfrentó a los dos hombres de guardia en el sótano. Para entonces, varios paracaidistas que descansaban donde podían hasta la hora del relevo, se habían unido a ellos.

—Escúchenme atentamente —dijo Tommen con la cara tensa—. Mientras estaban ustedes en el sótano, ¿entró en él la chica?

Los dos hombres se miraron y tragaron saliva. La expresión de la cara de Tommen los había despejado de su incipiente borrachera.

—Pues… sí, señor capitán.

—¿Por qué no la detuvieron, maldita sea?

—Porque…

—Porque ella nos amenazó con decirle a usted que estábamos bebiendo —respondió el otro sinceramente—. Lo siento, señor capitán.

—Vamos, síganme. Ustedes dos, nada más. Y no hagan ruido.

Emprendió la bajada. Estaba comenzando a conocer bien aquella bodega, por lo que no encendió la luz hasta que no estuvo en lo que calculó sería el centro de ella. Entonces, accionó la palanquita del instrumento.

9

**S**E dirigió sin vacilar al lugar en que hacía unas horas solamente —¡Dios, cómo pasaba el tiempo! —había encontrado a la joven. No había nadie.

. —¿No vieron dónde se metía? No, claro, estaban ustedes emborrachándose como cerdos.

Los dos paracaidistas estaban aterrados.

—Se quedó por aquí, señor capitán. La veíamos.

Tommen paseó la linterna por las estanterías. Luego, por el suelo. Volvió a alzarla. Una de ellas parecía ligeramente desplazada con respecto a las demás.

—Cojan todas esas botellas y tírenlas al suelo —ordenó.

Le obedecieron. Entonces, agarró uno de los travesaños y lo sacudió. Le estantería se movió.

—¡Ayúdenme!

Con la ayuda de los dos hombres logró apartar la estantería.

—Me lo estaba figurando —gruñó.

Había una trampilla en el suelo. Cogió las argollas y tiró de ellas hasta levantarla. Iluminó con su linterna.

Una serie de escalones se hundían en el suelo.

—Un sótano bajo otro sótano —dijo—. Eso era lo que ella buscaba aquí.

Se volvió a sus soldados.

—¿Están lo suficientemente serenos como para cubrirme las espaldas? Será lo único que me haga olvidar su desobediencia.

—Sí, señor capitán.

—Voy a bajar por esos escalones. Uno de ustedes llevará la linterna y me iluminará el camino, pero la apagará al menor conato de peligro. El otro llevará dispuesta la pistola ametralladora.

Comenzó a bajar. Los escalones eran pocos. Diez solamente. Un corredor húmedo se abrió ante ellos.

Pisando con cuidado, Tommen avanzó. Cuerpos deprimidos, grises, de colas interminables, se escurrían entre sus pies.

—¡Cuidado! —dijo uno de los soldados.

El otro apagó la linterna.

—¿Qué ha sido eso?

—Algo se ha movido ahí delante.

Tommen alzó la voz.

—Vamos a disparar. Quienquiera que haya ahí, no se mueva. Vamos a disparar—su voz sonaba con ecos extraños en aquella bóveda.

Bajando la voz:

—Enciende la linterna iluminando directamente ahí enfrente. ¡Ahora!

La linterna tendió hacia delante una sábana de luz. Recostada en un muro de tierra removida, estaba la joven. Tenía los ojos muy abiertos, el pecho jadeante, las ropas destrozadas, dejando ver la blancura de la carne.

—Venga, señorita Spiros.

Tommen se acercó a ella. La muchacha tendió hacia él las manos. Las tenía llenas de tierra húmeda. Las uñas rotas.

Tommen la contempló con piedad.

—¿Ha estado tratando de cavar con las manos solamente, señorita Spiros? ¿Dónde conducía ese túnel? ¿Qué pasó con él? ¿Se cegó?

La joven lo contemplaba sin hablar.

—Vamos, venga con nosotros. ¡Esto está lleno de ratas!

—Las temo menos que a ustedes.

—Hasta ahora no le hemos hecho daño, ni se lo haremos.

De súbito, ella se echó a reír. Tommen se sobresaltó. Los dementes comienzan así muchas veces.

—¿Qué le ocurre?

—¿Qué me ocurre? ¡Dios mío, qué idiotas son ustedes!

Había vuelto a su lenguaje vernáculo. Al ver la expresión de extrañeza de él, recurrió de nuevo al francés.

—¿Qué me ocurre? ¿Saben ustedes a dónde conduce… a dónde conduce este túnel?

—No.

—Conducía… al campo, doscientos metros más allá, al pozo de uno de los hermanos de mí padre, nuestro más próximo vecino.

Volvió a reír, inconteniblemente. Tommen se acercó a ella y la sacudió. La risa se había vuelto histérica.

Atanasia Spiros dejó de reír. Abrió mucho los ojos y pareció volver a la normalidad.

—No estoy loca —dijo—. Pero… ¿saben ustedes quién fue la última persona que pasó por este túnel que unía las dos casas?

—No. ¿Cómo quiere que lo sepa?

—El rey Pablo.

Tommen creyó ahora que ella estaba loca, efectivamente. Se volvió de espaldas.

—¿No me cree? ¿No me cree?

Le cogió de la mano y la obligó a volverse. Los dos soldados los contemplaban, atónitos.

—¿No me cree, estúpido, alemán? El rey Pablo estuvo aquí, en nuestra casa. Cuando ustedes se acercaban, mi padre y su hermano lo sacaron, junto con los pocos hombres de su séquito. ¡Sí, imbécil! Yo volví para cerrar el pasadizo y entonces una de vuestras malditas bombas lo cegó. Usted me encontró cuando trataba de salir de él. Era la última —añadió con orgullo—. Pedí ese honor.

Tommen echó a andar.

—Vamos, por favor, señorita Spiros.

—¿No me cree? —preguntó ella con voz tranquila.

—Vean si pueden abrir eso —dijo Tommen a los soldados—. Uno de ustedes suba por una pala arriba.

Un momento después el soldado volvió a bajar, acompañado de otro. Llevaban dos palas.

Durante unos instantes cavaron, iluminados por la linterna del capitán, que iba perdiendo fuerza.

—Es inútil —dijo uno de los soldados—. Debe haber toneladas de tierra encima.

—Vamos.

Cogió a la joven del brazo y la arrastró dulcemente hacia la salida. Cuando estuvieron de nuevo en la bodega, cerró la trampilla y volvió a colocar la estantería.

—No me ha creído —dijo ella—. Le estoy diciendo la verdad y no me ha creído.

—No lo sé—Tommen suspiró profundamente—. Puede que sea verdad.

—Lo es —respondió ella con voz tranquila y firme—. Lo es. Nuestro rey se escapó por ese pasadizo antes de que llegaran ustedes.

—Puede ser verdad. En ese caso, al otro lado saben que usted está con nosotros.

—Sí, al menos lo sospecharán. Pero no pretenderá usted pensar que ello les impedirá a los ingleses atacarles, ¿verdad?

—No lo sé —repitió Tommen.

—No lo harán. Los ingleses son demasiado prácticos. Y yo…

Habían subido hasta la casa. Ella se dejó caer en el banco de madera.

—Yo represento muy poco en este juego.

—Spiros… —dijo Tommen—. Ahora recuerdo. He oído hablar de un príncipe Spiros en Grecia.

—En Creta. Y es mi tío. Pero los ingleses no se detendrán ante eso. Puede usted estar completamente seguro de ello.

Tommen apagó su linterna y permanecieron en la oscuridad, escuchando el lejano rugir de los cañones de marina.

—No tardaremos en tomar toda la isla —dijo el capitán de paracaidistas—. Si ahora fuese de día, no lo dudaría: la dejaría escapar a usted para que se reuniese con los suyos. Si es verdad eso que me ha contado, ha sido usted muy valiente. Y los valientes no merecen estar prisioneros, como le ocurrirá a usted cuando acabe la ocupación de la isla.

—¿De veras haría usted eso?

—Sí.

Ella le puso una mano sobre el brazo. A través de la manga de la guerrera, él percibió el calor de la palma.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haber dicho eso.

—Los alemanes no somos unos cerdos. Al menos, no todos los alemanes. Debería usted saberlo.

—La guerra hace pensar muchas cosas. Y ustedes no se han comportado bien en todas partes.

—Dejemos eso.

—Dejémoslo.

Hubo un silencio.

—¿Terminó usted su carrera, por fin?

—Acababa de terminarla cuando lo de Polonia. Fui alistado inmediatamente. ¿Y usted?

—También.

—Henos aquí, a dos helenistas, y separados, sin embargo, por las murallas de la guerra. No tiene ninguna gracia. Y ahora, he de relevar a mi teniente. Escuche, ¿me da su palabra de no intentar nada en la oscuridad? Cuando llegue el día procuraré que se reúna con los suyos. Pero ahora habría mucho peligro. En la oscuridad no se distinguen fácilmente los enemigos de los amigos.

—Le doy mi palabra de que no intentaré escapar de noche.

—Así está mejor. Escuche, ¿de veras estuvimos tan cerca de su rey?

—Sí. Muy cerca. Los primeros paracaidistas que llegaron a la casa hubieran podido cogerlo con solo alargar la mano.

—Tengo que decírselo a Lehander. No le hará ninguna gracia saberlo.

Extendió la mano en la oscuridad y cogió la de ella. La estrechó durante un momento, y ella correspondió a la presión. Luego, Tommen salió al jardín.

Encontró a Vossler enseguida.

—Vaya a descansar un rato, Vossler.

—Ahora, Tommen.

—Hay algo que quiero decirle.

Le contó lo que le había dicho Atanasia. Vossler se echó a reír.

—Y pensar que si Lehander hubiera bajado a la bodega de la casa ahora estaría propuesto para la Gran Cruz de Caballero… Es un buen chiste, Tommen. A los ingleses les divertiría mucho saberlo.

—Puede. Una cosa, Vossler. ¿Qué hay entre usted y Lehander? Espere, si es algo particular no necesita decírmelo. No es el capitán de su compañía quien pregunta, sino el amigo.

—¿Algo entre Lehander y yo? Pues… nada. ¿Por qué?

—Bueno, he visto cómo se miraban ustedes… Ya le digo que no es el capitán quien interroga. Es una pregunta amistosa. Olvídelo si quiere.

—Olvidado. Buena guardia. Aunque creo que esos de ahí enfrente comenzarán pronto el baile.

Vossler fue andando hasta encontrar el puesto de ametralladoras de Lehander. Este, que estaba apoyado contra el tronco de un laurel, se incorporó.

—Voy a dormir un rato, Lehander.

—Bien.

—Escucha.

Los separaba muy poca distancia, pero Vossler bajó la voz para evitar que le oyesen los sirvientes de la ametralladora.

—No hagas ninguna tontería.

Sintió la tensión en la voz del otro.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. No hagas ninguna tontería. ¿Me has entendido?

—Escucha, Vossler…

—No quiero hablar más. Me estoy cayendo de sueño. Pero, repito: no hagas ninguna tontería.

—Vossler…

—Buena guardia.

Vossler se alejó y entró en la casa. Un centinela encendió su linterna, y le saludó.

—La muchacha está ahí, tendida en el arcón, señor teniente.

Vossler se acercó a la luz de la linterna y examinó a la joven. Dormía apaciblemente. El sudete movió la cabeza y trepó por la escalera hasta la terraza.

—¿No duerme, Horsteter?

—No, señor primer teniente.

—Procure descansar un poco.

—No lo necesito.

—Todos los necesitamos. Esta tensión no le conviene a nadie. Podría caerle toda la fatiga encima de pronto, y en medio de un combate. Recuerde estas palabras de un veterano.

—No estoy fatigado, señor primer teniente, y no me caerá la fatiga encima en ningún momento.

—Un superhombre, ¿no es eso, Horsteter?

—No, señor primer teniente. Un alemán.

Vossler movió la cabeza y bajó. Se tendió en el suelo de lo que fuera el lujoso vestíbulo, cerca del arcón en que se hallaba la muchacha, y al cabo de dos minutos él también dormía.

10

**L**A primera señal de que el día se aproximaba fue un mortero que cayó en la quinta, tropezó contra la pared sudeste y estalló, lanzando metralla y esquirlas de piedra como un volcán en miniatura.

Tommen puso la mano sobre el sirviente del mortero.

—Preparados—dijo.

El cabo de la radio dormitaba junto a él. Se había incorporado.

—¡Llame al regimiento!

El cabo comenzó a llamar. Durante casi dos minutos lo estuvo haciendo, pero el regimiento no contestó.

—Continúe. ¡Gross!

El cabo se aproximó, arrastrándose. Un nuevo morterazo acababa de estallar en el jardín, enviando cientos de rosas al aire. Una lluvia de pétalos descendió lentamente sobre sus uniformes.

—Procure entablar contacto con las fuerzas del comandante Ushlaki. Pero no se exponga. Si los ingleses han logrado reducirlos, vuelva acá inmediatamente.

El cabo partió a la carrera. En ese momento comenzó a sonar la fusilería inglesa.

—Preparados —repitió.

Una delgada franja de luz acababa de aparecer sobre los montes Madaras. El día llegaba. Parecía mentira que solo hubieran pasado veinte horas desde que despegaron de los aeródromos griegos para invadir la isla. Le parecía que habían transcurrido días enteros.

—Creo que vienen —dijo su cabo de radio.

Se veía un poco, muy poco aún.

—¿Les queda alguna bengala?

—Una.

—Arriba con ella.

La bengala se abrió en la oscuridad como una flor chorreante, y comenzó a descender. Efectivamente, la ligera ladera que llevaba a las tapias del parque estaba llena de uniformes caqui, que se agazaparon inmediatamente, al ser iluminados.

—Fuego.

La voz de Tommen era tranquila. Parecía como si estuviese dirigiendo unas maniobras en lugar de una batalla real.

—Alarma todo el mundo.

Los sirvientes del mortero comenzaron su labor. Tenían una caja llena de los destructores peces metálicos. Lanzaron dos en rápida sucesión y los vieron estallar.

Vossler llegaba corriendo. El capitán se volvió hacia él.

—Vossler, resista hasta que pueda, y luego retírese en orden. El último reducto debe ser el edificio, pero solo nos meteremos en él cuando no haya otro remedio. ¿Entendido?

—Sí.

Tommen fue hacia la ametralladora de Lehander. Disparaba con rapidez, sin economizar las balas.

La luz progresaba. Las cimas de los montes se tiñeron de un rosa pálido, que fue acarminándose. Hacía calor.

Cuando se pudo ver, observaron que los ingleses estaban atacando en una sola dirección. Por el Sur. Al menos, en los otros puntos cardinales no se observaba actividad alguna.

El cabo Gross volvió jadeante y con un brazo chorreando sangre.

—La carretera está llena de ingleses, señor capitán. No he podido ver ni rastro de los hombres del mayor Ushlaki.

Tommen tragó saliva. Eso solo podía querer decir una cosa. Se volvió al radio.

—¿Sin noticias?

—Aún no, señor cap… ¡Espere! ¡Aquí están!

El coronel Lindemann estaba al habla.

—Tommen, ¿qué es de ustedes? ¿Qué ocurre?

—No pudimos establecer comunicación, «Herr Oberst». Hace diez minutos que han comenzado a atacarnos. No hemos podido establecer contacto con el mayor Ushlaki e ignoramos lo que ha sido de él.

—Barridos, Tommen. Resistieron hasta el final, pero fueron barridos.

—Lo siento, «Herr Oberst».

—Tommen, ¿pueden resistir?

—Resistiremos, señor coronel.

—¿Necesitan munición?

Esto era característico del coronel Lindemann. Las municiones primero. Ni siquiera les preguntó si tenían alimentos, agua o medicamentos.

—Tenemos, aun cuando no en cantidad excesiva, señor coronel.

—Procuraremos aprovisionarles y que tengan algo de protección aérea.

—Gracias, señor coronel. ¿Puedo preguntar cómo va la… cosa?

—Va bien, Tommen, pero están ustedes en un puesto clave. Deben resistir a toda costa.

—¿Podrían enviarnos un tanque?

—Tommen, no podemos ayudarles sino con aviación. ¿Me entiende? No podemos enviarle otra clase de ayuda.

—Comprendo, señor.

—Está bien, Tommen. La orden es la misma: resistir.

La comunicación se cortó. Así que las cosas andaban mal… para ellos, para los que estaban encerrados en la quinta de Spiros. Si no podían enviarles ayuda desde tierra, eso quería decir que estaban aislados, que los ingleses, al derrotar y suprimir a Ushlaki, habían logrado cercarlos.

Bien, pues a resistir. No quedaba otro remedio.

La infantería inglesa atacó en pequeños grupos al principio, y que pudieron ser contenidos. A las diez de la mañana aún no habían logrado cruzar las tapias del parque, pero parte de estas habían sido destruidas con un fuego intenso de morteros. No tardarían mucho en tener que retirarse de ellas, porque varios de los paracaidistas alemanes yacían muertos. Las fuerzas de Tommen se elevaban apenas a veinticinco hombres.

A las diez y diez, dos aviones alemanes de caza se presentaron sobre la quinta, desprendiéndose de una formación de bombarderos pesados que se encaminaba hacia el interior de la isla.

Los cazas dieron varias pasadas sobre los ingleses, ametrallándolos furiosamente y luego dejaron caer varios paquetes con paracaídas. Eran cajas de municiones para las ametralladoras y las metralletas. Dentro de ellas, Tommen recogió varias notas en las que se les comunicaba que recibirían más aprovisionamiento pronto.

De comida, nada en absoluto.

Tommen reunió a sus oficiales en el vestíbulo de la quinta.

—La situación —pidió—, informen.

De sobra la conocía, pero las ordenanzas son las ordenanzas.

—La parte sur de la tapia está casi por completo destruida —dijo Vossler encendiendo uno de los últimos cigarrillos que le quedaban—. Nos veremos obligados a evacuarla dentro de poco. Por cada hombre nuestro que cae matamos tres ingleses, paro ellos pueden soportar sus pérdidas. Nosotros, no.

—Reparta doble ración de coñac a los hombres. No, coñac no. Vino. Lehander, ocúpese usted de la evacuación de la parte sur de la tapia tan pronto como la situación se haga insostenible.

—Yo puedo encargarme de eso —intervino Vossler.

Tommen se volvió hacia él. Los ojos del capitán brillaban peligrosamente.

—Vossler, he dado una orden. No me gusta que se me desobedezca. Debiera usted saberlo.

—Sí, señor capitán.

Vossler miró a Lehander. Una expresión de triunfo había brillado fugitivamente en los ojos del teniente.

—Ahora, señores, una última cosa: Tenemos, como saben, una prisionera. La situación se ha puesto para nosotros francamente mal. No veo por qué una mujer haya de sufrir todo lo que significa un asedio, si bien esperemos que este sea corto, o los peligros de una batalla. He decidido, bajo mi propia responsabilidad, permitirle que intente volver con los suyos. Naturalmente, señores oficiales, ustedes no tomarán sobre sí ni la más mínima parte de la responsabilidad que esto pueda acarrear a la compañía.

—Al diablo —dijo Vossler—. Me parece muy bien. Yo mismo me responsabilizaría gustoso de una cosa así.

—Estoy de acuerdo —murmuró Lehander.

Horsteter mantuvo un mutismo indiferente.

—A sus puestos, caballeros.

Cuando se marchaban, retuvo a Vossler.

—Ferd —dijo empleando por primera vez el nombre de pila del teniente—. ¿Cree que podría encargarse de que ella atravesase las filas?

—Puedo enviar un parlamentario. Será cuestión de poco tiempo. Y ello nos permitirá ganarlo a nosotros. Buena falta nos hace.

—Hágalo personalmente, se lo ruego.

Vossler se volvió a la muchacha.

—¿Vamos? —preguntó—. Si sus compatriotas y los ingleses no tienen nada que oponer, dentro de un rato podrá estar con ellos.

La joven echó a andar. Al pasar junto a Tommen, cuya cara permanecía impasible, se detuvo.

—Gracias, capitán. No lo olvidaré.

Tommen saludó rígidamente, llevándose la mano al casco. Pero ella se la cogió y la estrechó durante un momento. Luego salió, seguida de Vossler.

Este llamó a un soldado que en ese momento corría zigzagueando por el jardín, para repostarse de municiones.

—Coloque un pañuelo en la punta de un palo y agítelo, junto a la tapia del parque —ordenó.

El soldado se le quedó mirando con semblante atónito.

—¿Nos rendimos, señor primer teniente?

—¡No! ¡Parlamentamos!

El soldado desgajó una rama, le ató su sucio pañuelo y avanzó por entre los árboles.

Un poco más allá, Lehander había dado la orden de retirada. Los ingleses habían lanzado un nuevo ataque, apoyado esta vez con los disparos de un camión oruga artillado con una pieza de pulgada y media que destruía sistemáticamente los restos de la tapia. Una verdadera nube de balas caía sobre el parque y sobre la casa.

Protegido por un tronco, el soldado agitó el pañuelo una y otra vez. Una bala quebró el palo, pero los ingleses ya le habían visto. Alguien gritó, en la ladera, y el fuego fue decreciendo.

—Traiga.

Vossler cogió lo que quedaba del palo, lo elevó por encima de su cabeza y esperó hasta que los últimos disparos dejaron de sonar.

Una voz preguntó en inglés si deseaban rendirse y que avanzase el parlamentario.

Vossler se irguió. Lanzó una mirada oblicua y vio a Lehander, muy quieto, cerca de él con los ojos brillantes.

El primer teniente avanzó hasta la tapia. Al otro lado de ésta, se alzó un oficial inglés vestido de caqui, con el casco inclinado sobre una oreja.

—¿Quieren rendirse?

—No —respondió Vossler—. Tenemos una prisionera. Deseamos dejarla salir de la finca.

—¿Una prisionera? ¿Una mujer?

—Sí. Una mujer griega.

—Que salga. Y usted no se mueva.

La joven tendió la mano a Vossler. Este se la estrechó y luego, Atanasia Spiros saltó la tapia ágilmente. El oficial inglés la recibió. Hablaron unos momentos y luego el inglés se volvió hacia Vossler. Se llevó la mano al casco, saludando.

—Ya que estoy aquí —dijo—, deseo hacerles saber que no tienen ustedes probabilidades de continuar mucho tiempo en esa posición. Están ustedes cercados y no tardarán en caer en nuestras manos. Les sugiero que se rindan.

—No.

—Se salvarán muchas vidas si lo hacen ahora.

—No.

—Está bien. Cuando yo vuelva a mis líneas, baje usted la bandera de parlamento. Será la señal para que comience la lucha de nuevo. ¿Le parece bien?

—Está bien por mi parte.

—Debo darle las gracias por lo de la prisionera. Es un buen gesto de usted.

—Del comandante de la compañía, señor.

—Gracias. Adiós.

El inglés se retiró lentamente. En ese momento, Vossler sintió un movimiento junto a sí. Lehander estaba avanzando, paso a paso, con la mirada fija en el oficial británico.

—Lehander, vuelve a tu puesto.

Las miradas de ambos se cruzaron, desafiantes como espadas. Vossler sacó a medias la pistola de la funda.

—Lehander —dijo en voz baja.

El inglés había llegado hasta el parterre. Se dejó caer detrás de él, juntamente con la muchacha.

Vossler se agachó.

—¡Cuidado! Van a disparar.

Y la batalla recomenzó.

Vossler corrió hacia atrás, con la Luger en la mano, y sus hombres lo imitaron, agachados, para protegerse del intenso fuego.

Los dos morteros habían sido trasladados ya a retaguardia y emplazados cerca de la casa, protegidos a medias por el frontis enladrillado de una fuente, cuyo caño era un gigantesco cisne.

Apenas se retiraron los soldados alemanes de primera línea, los ingleses asaltaron las posiciones, aullando y disparando como demonios.

Al instante los morteros y las ametralladoras se cebaron en ellos. Cuando ya creían tener en sus manos la posición, los alemanes se apresuraron a demostrarles que no se puede guisar la liebre antes de cazarla. El fuego fue tan intenso y concentrado, que los ingleses volvieron la espalda y se precipitaron de nuevo al lugar de donde venían.

—Un respiro —dijo Tommen secándose el sudor con la manga de la guerrera—. Veremos lo que nos preparan esos ahora.

11

**L**O que les preparaban lo supieron enseguida.

El camión oruga—los ingleses apenas debían tener tanques en aquel sector o los necesitaban para otros menesteres —logró situarse cerca de la casa del guarda y, protegido por las paredes de ésta que aún quedaban en pie, comenzó el bombardeo.

Sus balas de pulgada y media fueron acariciando la casa, deshaciéndola piedra a piedra. No obstante, eran demasiado pequeñas para hacer grandes destrozos en sillares de cincuenta centímetros de espesor. Tommen se encogió de hombros. Aquella demolición lenta le tenía sin cuidado. El tiempo trabajaba para los alemanes, no para los británicos.

Estos comprendieron bien pronto que así tardarían demasiado y volvieron a lanzar un nuevo ataque de Infantería con morteros. Estos ya eran algo peor. Sus bombas podían derribar paredes enteras, y si alguno de ellos lograba colarse por una ventana, ya podían irse despidiendo de su refugio.

—Hay que hacerles callar —dijo Tommen—. Lehander, prepare un golpe con granadas de mano y vea, si puede hacerlos callar.

—Yo mismo puedo… —comenzó Vossler.

Tommen se volvió hacia él como si le hubiera picado una serpiente.

—¡Basta ya, Vossler, maldita sea! ¡No yuelva a discutir una orden mía o tendré que hacerle obedecer de otra manera! ¡No me obligue a gritarle delante de la tropa!

—¡Sí, señor capitán! —aulló Vossler. Luego, avergonzado, volvió la espalda y se dirigió hacia los morteros, que continuaban disparando por elevación sobre los ingleses, al otro lado de la tapia del parque, sin ver a su objetivo.

Lehander partió a la carrera.

Tommen se dirigió a Vossler.

—Voy a la azotea. Horsteter lleva callado demasiado tiempo.

Apenas Tommen entró en la casa, Vossler echó a correr. Lehander lo hacía delante de él, con un pelotón de paracaidistas cuyas bolsas estaban llenas de granadas de mano.

—Lehander —dijo jadeando.

El teniente se volvió hacia él. Sus hombres pararon. Lehander les dio orden de tirarse a tierra.

Ambos hombres volvieron a mirarse concentradamente.

—Déjame en paz —dijo Lehander en voz baja—. Tengo una misión que cumplir.

—Lehander, lleva mucho cuidado. No sabes lo que estás haciendo.

—Y tú… ¿tú lo sabes?

Un mortero inglés cayó en tierra, casi junto a ellos. Los dos se tiraron de cabeza a un embudo. Un segundo y tercer mortero siguieron la trayectoria del primero.

Los dos tenientes estaban tendidos en tierra, hombro con hombro.

—Déjame, maldito —dijo Lehander—. ¡Te ordeno que me dejes en paz!

—No. Quiero decirte una cosa.

El estampido ensordecedor de un cañón de más calibre apagó sus palabras. Los dos abrieron mucho la boca para evitar que la onda explosiva los dejara sordos.

Cuando miraron hacia la casa, toda una esquina de esta había volado.

—¡Hay un tanque cerca! —gritó Vossler—. Vamos, vuelve atrás. ¡No puedes apagar los morteros si hay un tanque atacando!

—¡Tengo que ir! ¡Suéltame!

Ambos gritaban para poderse entender. Los soldados se habían vuelto hacia ellos y esperaban a su teniente para continuar. Vossler movió la cabeza.

—¡Atrás, atrás! —aulló.

Lehander le metió el puño en el estómago. Vossler se encogió. El golpe había sido duro y malintencionado. Vio, a través de una neblina, que Lehander saltaba hacia sus hombres y les decía algo. Penosamente se incorporó.

—¡Lehander, vuelve! —gritó.

Los soldados alemanes se volvieron hacia atrás. El tanque había disparado otras dos veces y las dos hecho blanco en la casa. Las paredes se derrumbaban entre un estruendo espantoso. Las piedras volaban. Cualquiera de ellas podía dejar a un hombre laminado si le caía encima.

Vossler vio que los soldados retrocedían entre el humo y el polvo, pero que Lehander no.

Se arrastró por tierra. Lo separaban de Lehander apenas dos o tres metros, pero entre aquella lluvia de cascotes, de balas, de metralla, recorrerlos significaba mucho tiempo. Por otra parte, Lehander también se movía, avanzaba.

—¡Lehander! —aulló—. ¡Vuelve!

El otro se volvió hacia él. Su cara estaba pálida, los ojos brillaban salvajemente.

—¡Ven a buscarme! —gritó.

Vio la mano de Lehander, armada con la pistola, que se elevaba.

Y la pistola lo apuntaba a él, a Vossler.

El humo y el polvo le hacían toser espasmódicamente. No obstante se retorció sobre sí mismo y la bala de la Luger de su compañero se perdió. En realidad no podía estar seguro de que Lehander hubiera disparado. Resultaba muy difícil decirlo, pero tuvo la impresión de que así había sido.

Sacó su propia automática mientras continuaba arrastrándose, Por un momento la idea de abandonar la partida lo asaltó. ¿Por qué no dejarlo? ¿Por qué no permitir que los acontecimientos siguiesen su curso ellos solos? ¿Para qué lo necesitaba a él el Destino?

«Debí hablar antes», pensó, ahogándose en un nuevo acceso de tos. «Debí decírselo antes. No debí callar tanto tiempo».

Lehander se había detenido. Lo esperaba. Los ojos negros, rodeados de ojeras blancas debidas al polvo, parecían los de un animal peligroso.

—¡Vuelve! —ordenó Vossler a gritos.

La Luger se alzó de nuevo, sostenida por aquella mano que parecía una garra.

—¡Lehander, no dispares! ¡Escucha!

La pistola estaba muy cerca de su cara. Al menos eso le pareció a él. Comprendió que si el otro disparaba ahora no tendría salvación.

—¡No pienso delatarte! ¡Vuelve!

Vio cerrarse aquellos ojos alucinados. El cuerpo del teniente se estremeció convulsivamente. La pistola cayó de su mano.

Vossler, sollozando, se arrastró hacia él. Lehander tenía la cara pegada a la tierra y se movía aún. Vio en su espalda la mancha roja agrandándose, como una enorme flor.

—¡Lehander!

Cogió la cabeza de su compañero y la volvió. En ese momento no le preocupaban las balas que silbaban a su alrededor, la metralla que caía, les cascotes, la furia desencadenada.

Le importaba Lehander. Le importaba que escuchara lo que tenía que decirle.

Los ojos negros estaban cerrados.

—¡Lehander, tienes que oírme! ¡Tienes que escucharme! ¡No quería delatarte! ¿Me oyes? ¡No te hubiera delatado! ¡Tienes que oírme, maldito! ¡No puedes morirte así! ¡Óyeme! ¡No te hubiera delatado jamás!

¿Le oyó?

Los ojos seguían cerrados, las facciones continuaban crispadas. De pronto se distendieron y la barbilla cayó sobre el pecho.

Estaba muerto.

Sollozando, Vossler se incorporó. Súbitamente, ante él unos pies que corrían entre el polvo.

Los ingleses. Estaban llegando.

Se puso en pie, a su vez, y corrió en aquella oscuridad blanca de yeso y de esquirlas de piedra. Una figura casi chocó contra él. Un cuerpo alto, vestido de un caqui que casi parecía negro.

Disparó y el hombre desapareció.

Tropezando, cayendo a veces, recorrió el camino que lo llevaba hacia la casa. Algo le quemó dolorosamente en el brazo, pero no se lo miró siquiera. Estaba herido. Bien, ¿y qué? ¿Qué importancia podía tener eso ahora?

Llegó hasta los tres escalones de la finca. Vio uno de los morteros destrozado y a los dos soldados muertos junto a él. Ascendió las gradas y una mano tiró de la suya.

—¡Vossler! —aulló Tommen—. ¡Creí que había muerto!

Vossler cayó de rodillas sobre las baldosas destrozadas del vestíbulo.

—¡Vamos, pronto, a las ventanas!

Aún había alemanes vivos, después de aquella destrucción, pensó Vossler vagamente. ¿Cómo era posible que aún pudiesen vivir hombres en ese infierno?

Parte del techo se vino abajo casi encima de ellos. Tommen siguió tirando de él. En la ventana, que milagrosamente existía aún, carrasqueaba una ametralladora. Otros dos paracaidistas lanzaban granadas de mano al exterior.

—¡Vienen refuerzos! —le gritó Tommen al oído—. ¡Lo he oído por la radio! ¡Resistir aún un poco y pronto llegarán los refuerzos! ¿Me oyes?

Vossler asintió con la cabeza. Se agachó, cogió la pistola ametralladora de un muerto y la colocó en posición de disparar. Todo ello como un autómata. Su mente no tomaba parte activa en ninguno de sus movimientos. Era como una especie de sueño.

Un rugido espantoso atronó la casa. Las paredes se movieron, los escalones se quebraron.

Tommen corrió hacia la puerta.

—¡La aviación! ¡Nuestra aviación! ¡Ha vuelto!

¿La aviación? Vossler sacudió la cabeza. ¿La aviación? ¿Había esperanzas, pues, aún?

Miró a su alrededor. Apenas un puñado de hombres. ¿Cuántos? ¿Cinco, seis?

—Es inútil. Es inútil todo —dijo.

—¿Qué dice?

Tommen volvía, las manos engarfiadas en su metralleta.

—Digo que es inútil.

—Vossler, ocupe su puesto.

Dos nuevos estallidos bestiales, ensordecedores. Pero las paredes continuaban en pie. El tanque había dejado de disparar contra la casa. Durante un momento, un silencio que los ensordeció, que les hizo tiritar, se apoderó de la finca.

—No disparan —dijo Tommen—. No disparan ya.

Miró a Vossler.

—Veamos. Quizá se retiren. El avión ha debido alcanzar al tanque.

Se acercó cautelosamente a la puerta. Apenas algunos chasquidos de rifles crepitaban en el aire. El runruneo del motor de aviación se dejó oír de pronto.

Tommen se asomó a la puerta.

—No veo… ¿Qué ocurre?

De entre los cascotes, de los rincones, cuerpos harapientos, caras crispadas fueron saliendo y agrupándose en torno a ellos.

—¿Se han ido, capitán?

—No veo nada. Hay mucho humo.

Vossler los contó. Siete. Siete hombres aún, Santo Dios. Lázaros resucitados. Contuvo de pronto unas ganas espantosas de echarse a reír. ¡El hombre es inmortal! ¡Para matar al hombre hace falta…! ¡Dios!

Se asomó a la puerta, junto a Tommen.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada, al parecer.

Se volvió hacia su teniente.

—¿Y Lehander?

Vossler contuvo las ganas de responder: «Yo lo maté».

—Murió —dijo.

—¿Qué quiso, atacar el tanque él solo?

—Algo parecido. Quiso atacar al destino.

Tommen lo miraba. Una arruga de concentración había aparecido en su rostro.

—Vossler, explíquese… No, no es el momento. Vamos a salir.

Vossler los vio.

Fue el primero en verlos. Abrió la boca y gritó:

—¡Ahí están!

Como fantasmas, habían aparecido entre el humo, el polvo. Fantasmas altos, que se movían silenciosamente.

—¡Ingleses! —aulló Tommen—. ¡Al arma!

Levantó la pistola ametralladora y comenzó a disparar como un loco. Sus hombres lo imitaron.

Eran muchos. Cayeron, pero eran demasiados los que surgían de entre aquella niebla parduzca.

Los alemanes retrocedieron hacia adentro del vestíbulo, una de cuyas fachadas había desaparecido. Por el hueco abierto penetraban también los fantasmas.

—¡Al sótano! —ordenó Tommen.

Dos paracaidistas cayeron junto a Vossler. Este saltó por encima de los cuerpos siguiendo al capitán, que corría hacia la puerta de la bodega. La abrió de un tirón y se precipitó al interior.

Vossler lo siguió. Poco a poco iba despertando del letargo que le había producido la muerte de Lehander. La noción del peligro se iba insinuando en sus fibras.

Una bala le derribó el casco. Estaba ya junto a la puerta cuando dos cuerpos cayeron sobre él. Aún tuvo tiempo de ver a Tommen que intentaba resistir. Se dejó caer al suelo y los cuerpos le plantaron las botas encima.

«Es el fin», pensó. «El fin».

La bayoneta se hundió en su cuerpo.

Tommen esquivó un cuchillo que le buscaba el estómago. Disparó y vio desaparecer a su enemigo.

Estaba ya en las escaleras de la bodega. Miró a su alrededor.

Nadie.

Nadie lo había seguido.

¿Todos muertos ya?

Agachó la cabeza. Fue un momento de desfallecimiento. Sí, Vossler había dicho bien. Ya todo resultaba inútil.

Pero la chispa de la vida, esa que solo muere cuando el corazón ha cesado de latir, lo reanimó.

Bajó los escalones. Arriba oía las voces de los vencedores, pero no sintió tras de sí los pasos de ninguno de ellos.

Al final de la escalera se detuvo un momento. ¿Para qué ya? ¿No sería mejor rendirse? ¿Qué podía hacer él, un hombre solo, allí, en aquel sótano?

Pero la chispa persistía. Latía aún. Muy débilmente, pero latía.

Se metió entre las estanterías. Una botella cayó al suelo. Se quedó quieto, completamente quieto.

Y entonces les sintió venir.

Bajaban la escalera.

Súbitamente las tinieblas en que se encontraba sumido parecieron rasgarse. Una llamarada brutal, una detonación ensordecedora, el chasquido de cientos de botellas que se rompen…

Le habían lanzado una granada de mano.

Y, sin embargo, aún estaba vivo. Los oídos le zumbaban, de su nariz brotaba la sangre, pero… ¡aún estaba vivo!

Permaneció quieto, de rodillas, sin hacer el menor ruido.

«Se irán», pensó vagamente. «Se irán y entonces tal vez pueda salir. No pueden creer que aún esté vivo. Pero debo estarme quieto, completamente quieto. Ni el menor ruido, ni el menor suspiro…»

Súbitamente, una linterna se encendió casi junto a su cara.

No se movió. La luz lo iluminó durante lo que le parecieron horas enteras.

—¡Salga de ahí! —ordenó una voz en inglés—. ¡Vamos, salga!

Tommen, como un autómata, obedeció.

EPÍLOGO

**U**NA bayoneta se hundió en su espalda y dos manos lo empujaron. La fuerte luz de la mañana le deslumbró cuando apareció en el vestíbulo de la quinta.

Se vio rodeado de soldados cejijuntos que lo miraban con mal disimulado rencor. El que le conducía volvió a pincharle con la bayoneta.

—Vamos, andando, «jerry». No te pares o te ensarto.

—¿No hay algún oficial entre ustedes? —preguntó Tommen.

—¿Para qué quieres tú un oficial, «jerry»? Te vamos a ahorcar lo mismo. Como hicisteis vosotros con los soldados ingleses en Larisa. ¡Vamos, andando, cochino «jerry», o te atravieso!

Entre dos filas de neozelandeses, Tommen caminó, tropezando. Afuera los recibió el caliente sol da mayo.

Eran las siete de la mañana. Se tambaleó… El parque aparecía completamente destrozado. Les laureles, los tilos y los eucaliptos yacían astillados en el suelo, y este parecía removido por un erado gigante.

Un oficial inglés se aproximó. Venía montado en un coche que hasta entonces no había visto Tommen, un vehículo pequeño, de cuadradas aletas y de aspecto más fuerte que los «Mercedes» de guerra alemanes.

—¿Un oficial? —preguntó el inglés. Sobre sus hombros llevaba las charreteras con una coronita de mayor.

Lo miró más atentamente.

—¿Un capitán?

Tommen asintió.

—Suba al coche. Que suba también con nosotros un soldado armado.

El coche enfiló aprisa el camino enarenado, hasta alcanzar la carretera. Por ella prosiguió hacia el Sur, pero más lentamente, porque un convoy de camiones y tanques pasaba en ese momento en dirección contraria.

Tommen se fijó en todo ello. Los ingleses, al parecer, no estaban aún vencidos en Creta. ¿Cómo podían disponer de todos aquellos efectivos?

El mayor vio su mirada.

—¿Creían que estábamos acabados, verdad? —preguntó—. No, aún no. Por el contrario, les estamos empujando a ustedes hacia el mar de nuevo.

—Lamento no poder creerme eso —respondió Tommen—. Y si es verdad, será una cosa puramente transitoria. No tardaremos en sacarlos de la isla.

—Bueno, aún falta algún tiempo para eso. Es usted un paracaidista, por lo que veo. ¿Cómo diablos han podido resistir? Acabamos con un buen núcleo de paracaidistas, entre ese pueblo al que vamos y Canea. Muchos de los suyos han muerto o están a punto de morir. Oiga, capitán, no intento burlarme de usted. Sólo le digo lo que sé.

—Ya lo sé, señor.

Alikianou estaba casi destrozado por las bombas alemanas, pero muchas casas se mantenían aún en pie. Tommen fue llevado a una de ellas. El mayor y un general con un laurel en la solapa lo interrogaron.

—Mi nombre es Tommen y soy capitán de paracaidistas.

Contestó a las preguntas estrictamente necesarias y obligadas. El general parecía estar pensando en otra cosa. Cuando las preguntas terminaron, dijo:

—¿Fue usted o un oficial de mayor grado quien parlamentó para que una mujer pudiera salir del puesto que usted defendía?

—Fui yo, señor general.

—¿Por qué lo hizo?

Tommen abandonó la posición de «firmes». Le dolía el brazo y no estaba ante superiores de su ejército, sino del ejército enemigo.

—Las razones, señor general, pueden ser las mismas que obligarían a un oficial inglés a comportarse de la misma manera con una mujer en un lugar donde el peligro es manifiesto. Creo que con eso está contestada su pregunta.

—Desde luego, desde luego, capitán. Bien, pueden llevárselo.

Cuando los dos soldados neozelandeses avanzaron para colocarse a su lado, el general se puso en pie y extendió la mano.

—Me siento complacido en estrechar la mano de un valiente oficial, capitán Tommen.

Tommen se la estrechó.

Salió de la casa y lo llevaron por la calle, entre un grupo de soldados ingleses que lo contemplaban impasibles. Justo cuando lo iban a subir a un coche, alguien se adelantó. Tommen estaba comenzando a sentirse muy mareado. La falta de alimentos, el cansancio de la lucha, se habían desplomado sobre él.

—¡Capitán!

Volvió la cabeza. Un hombre vestido con uniforme pardo y una mujer estaban ante él.

—Hola —dijo.

Se esforzó en sonreír, pero más bien fue una mueca lo que crispó su boca. Estaba casi desmayado.

Una mano con las uñas rotas avanzó hacia él. Se le posó en el brazo.

—Capitán, buena suerte.

—¿Qué hace usted todavía aquí? ¿Cómo es que no la han llevado a retaguardia? Este será un lugar peligroso dentro de muy poco tiempo.

—Capitán, mi padre quiere darle las gracias.

El hombre del uniforme pardo cogió la mano de Tommen.

—Si los alemanes permitieron a los griegos rendirse con todos los honores y les dejaron desfilar con sus pertrechos y sus armas, señor, yo también puedo saludar a un oficial honorable y a un caballero. Esta es mi mano. Le ruego que la estreche.

—Gracias, señor.

La cabeza le daba vueltas. Uno de los soldados ingleses gruñó algo, que Tommen apenas entendió, pero el conductor arrancó. Tommen cayó hacia atrás. Lo último que oyó fue la voz de la muchacha diciéndole «Hasta la vista». Después perdió el conocimiento.

**\* \* \***

Creta fue tomada diez días después. Tommen lo supo desde un campo de concentración en África del Norte. Pero sabía que algún día, cuando aquella guerra terminase, él volvería a la isla de Icaro.

Y lo primero que haría sería tratar de encontrar una quinta en la carretera que une Alikianou y Canea.

Pero aún pasarían algunos años.

**F I N**

